



Conferencia Episcopal
de Colombia

Departamento de Liturgia



03
MAYO
2024

Día de *Oración* por la
Reconciliación
y **la Paz** de *Colombia*

"Ustedes son todos hermanos"

[Mt. 23,8]

Guía litúrgica

PRESENTACIÓN

“Ustedes son todos hermanos” (Mt. 23, 8). Es una frase del Maestro exhortando a sus discípulos para que tomen conciencia de su relación fraternal en cuanto hijos de un mismo Padre.

El contexto de este día Nacional de la Reconciliación, instituido por el Episcopado Colombiano en el año 2017, expresa la urgente necesidad de la concordia y la paz para sanar a Colombia. No se trata sólo de sanar las relaciones entre los grupos poblacionales del país, sino de sanar las heridas del corazón humano. Es necesario darnos cuenta “de que estamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados mutuamente. En esta barca estamos todos”¹.

La paz y la reconciliación es un sueño que atraviesa la humanidad entera. No es una utopía, sino más bien la oportunidad de realizar la vocación de cada persona: la llamada al encuentro con los demás. Por eso, adentrarse en el tema de la reconciliación en nuestro momento histórico, es tarea de todos: los cristianos y no cristianos. Fuera de la reconciliación todo puede estar perdido.

Con el deseo de contribuir al sueño de la paz y de la reconciliación entre los colombianos, el Episcopado Colombiano, convoca para el tres de mayo, fiesta

¹ Francisco. *Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia*, 27 de marzo de 2020.

litúrgica de la Exaltación de la Santa Cruz, a un “Día de Oración por la Reconciliación y la Paz de Colombia”. Se trata de unir en cadena de oración a todas las instituciones eclesiósticas del país, ante el Sacramento de la Eucaristía, desde las 6:00 am hasta las 6:00 pm.

Para esto, el Departamento de Liturgia del Secretariado Permanente del Episcopado Colombiano (SPEC), pone a su disposición este Manual Celebrativo que contiene: la oración de las Laudes, el esquema de la Misa, una Hora Santa, una guía para el Ejercicio de los “mil Jesús”, el esquema del Santo Rosario, el Viacrucis 2024 con las meditaciones preparadas por el Papa Francisco, la oración de las Vísperas y algunas oraciones, que puede ser enriquecido con las iniciativas de las Jurisdicciones Eclesiósticas.

+ CARDENAL LUIS JOSÉ RUEDA APARICIO
Arzobispo de Bogotá y Primado de Colombia
Presidente de la Conferencia Episcopal.

I. LAUDES

V. Dios mío, ven en mi auxilio.

R. Señor, date prisa en socorrerme. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén. (Aleluya).

HIMNO

Brille la cruz del Verbo, luminosa,
brille como la carne sacratísima
de aquel Jesús nacido de la Virgen
que en la gloria del Padre vive y brilla.

Gemía Adán, doliente y conturbado,
lágrimas Eva junto a Adán vertía;
brillen sus rostros por la cruz gloriosa,
cruz que se enciende cuando el Verbo expira.

¡Salve, cruz de los montes y caminos,
junto al enfermo suave medicina,
regio trono de Cristo en las familias,
cruz de nuestra fe, salve, cruz bendita!

Reine el Señor crucificado,
levantando la cruz donde moría;
nuestros enfermos ojos buscan luz,
nuestros labios, el río de la vida.

Te adoramos, oh cruz que fabricamos,
pecadores, con manos deicidas;
te adoramos, ornato del Señor,
sacramento de nuestra eterna dicha. Amén

SALMODIA

Ant. 1. Subió al árbol santo de la cruz, destruyó el poderío de la muerte, se revistió de poder, resucitó al tercer día. Aleluya.

Salmo 62, 2-9

EL ALMA SEDIENTA DE DIOS

Madruga por Dios todo el que rechaza las obras de las tinieblas.

¡Oh Dios!, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua.

¡Cómo te contemplaba en el santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios.

Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.
Me saciaré de manjares exquisitos,
y mis labios te alabarán jubilosos.

En el lecho me acuerdo de ti
y velando medito en ti,
porque fuiste mi auxilio,
y a la sombra de tus alas canto con júbilo;
mi alma está unida a ti,
y tu diestra me sostiene.

Ant. Subió al árbol santo de la cruz, destruyó el poderío de la muerte, se revistió de poder, resucitó al tercer día. Aleluya.

Ant. 2. ¡Cómo brilla la cruz santa! De ella colgó el cuerpo del Señor y desde ella derramó Cristo aquella sangre que ha sanado nuestras heridas. Aleluya.

Cántico Dn 3, 57-88. 56

TODA LA CREACIÓN ALABE AL SEÑOR

Alabad al Señor, sus siervos todos. (Ap 19, 5)

Creaturas todas del Señor, bendecid al Señor,

ensalzadlo con himnos por los siglos.

Ángeles del Señor, bendecid al Señor;
cielos, bendecid al Señor.

Aguas del espacio, bendecid al Señor;
ejércitos del Señor, bendecid al Señor.

Sol y luna, bendecid al Señor;
astros del cielo, bendecid al Señor.

Lluvia y rocío, bendecid al Señor;
vientos todos, bendecid al Señor.

Fuego y calor, bendecid al Señor;
fríos y heladas, bendecid al Señor.

Rocíos y nevadas, bendecid al Señor;
témpanos y hielos, bendecid al Señor.

Escarchas y nieves, bendecid al Señor;
noche y día, bendecid al Señor.

Luz y tinieblas, bendecid al Señor;
rayos y nubes, bendecid al Señor.

Bendiga la tierra al Señor,
ensálcelo con himnos por los siglos.

Montes y cumbres, bendecid al Señor;
cuanto germina en la tierra, bendiga al Señor.

Manantiales, bendecid al Señor;
mares y ríos, bendecid al Señor.

Cetáceos y peces, bendecid al Señor;
aves del cielo, bendecid al Señor.

Fieras y ganados, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.

Hijos de los hombres, bendecid al Señor;
bendiga Israel al Señor.

Sacerdotes del Señor, bendecid al Señor;
siervos del Señor, bendecid al Señor.

Almas y espíritus justos, bendecid al Señor;
santos y humildes de corazón, bendecid al Señor.

Ananías, Azarías y Misael, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.

Bendigamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo,
ensalcémoslo con himnos por los siglos.

Bendito el Señor en la bóveda del cielo,
alabado y glorioso y ensalzado por los siglos.

No se dice Gloria al Padre.

Ant. ¡Cómo brilla la cruz santa! De ella colgó el cuerpo del Señor y desde ella derramó Cristo aquella sangre que ha sanado nuestras heridas. Aleluya.

Ant. 3. Resplandece la cruz santa: por ella el mundo ha obtenido la salvación; la cruz vence, la cruz reina, la cruz aleja todo pecado. Aleluya.

Salmo 149

ALEGRÍA DE LOS SANTOS

Los hijos de la Iglesia, nuevo pueblo de Dios, se alegran en su Rey, Cristo, el Señor. (Hesiquio)

Cantad al Señor un cántico nuevo,
resuene su alabanza en la asamblea de los fieles;
que se alegre Israel por su Creador,
los hijos de Sión por su Rey.

Alabad su nombre con danzas,
cantadle con tambores y cítaras;

porque el Señor ama a su pueblo
y adorna con la victoria a los humildes.

Que los fieles festejen su gloria
y canten jubilosos en filas:
con vítores a Dios en la boca
y espadas de dos filos en las manos:

para tomar venganza de los pueblos
y aplicar el castigo a las naciones,
sujetando a los reyes con argollas,
a los nobles con esposas de hierro.

Ejecutar la sentencia dictada
es un honor para todos sus fieles.

Ant. Resplandece la cruz santa: por ella el mundo ha obtenido la salvación; la cruz vence, la cruz reina, la cruz aleja todo pecado. Aleluya.

LECTURA BREVE Hb 2, 9b-10

Vemos a Jesús coronado de gloria y de honor por haber padecido la muerte. Así, por amorosa dignación de Dios, gustó la muerte en beneficio de todos. Pues como quisiese Dios, por quien y para quien son todas las cosas, llevar un gran número de hijos a la gloria, convenía ciertamente que perfeccionase por medio del sufrimiento al que iba a guiarlos a la salvación.

RESPONSORIO BREVE

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos. Aleluya, aleluya.

R. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos. Aleluya, aleluya.

V. Porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

R. Aleluya, aleluya.

V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

R. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos. Aleluya, aleluya.

CÁNTICO EVANGÉLICO

Ant. Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos; por el madero ha venido la alegría al mundo entero. Aleluya.

Cántico de Zacarías Lc 1, 68-79

Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
porque ha visitado y redimido a su pueblo,
suscitándonos una fuerza de salvación
en la casa de David, su siervo,
según lo había predicho desde antiguo
por boca de sus santos profetas.

Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos
y de la mano de todos los que nos odian;
ha realizado así la misericordia que tuvo con
nuestros padres,
recordando su santa alianza
y el juramento que juró a nuestro padre Abraham.

Para concedernos que, libres de temor,
arrancados de la mano de los enemigos,
le sirvamos con santidad y justicia,
en su presencia, todos nuestros días.

Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo,
porque irás delante del Señor
a preparar sus caminos,
anunciando a su pueblo la salvación,
el perdón de sus pecados.

Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
nos visitará el sol que nace de lo alto,
para iluminar a los que viven en tiniebla
y en sombra de muerte,
para guiar nuestros pasos
por el camino de la paz.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Ant. Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos; por el madero ha venido la alegría al mundo entero. Aleluya.

PRECES

Oremos a nuestro Redentor, que por su cruz nos ha salvado, y digámosle confiados:

Por tu cruz, sálvanos, Señor.

Hijo de Dios, que por el símbolo de la serpiente de bronce sanaste al pueblo de Israel,
protégenos hoy de las heridas del pecado.

Hijo del hombre, que fuiste elevado en la cruz, como la serpiente fue elevada por Moisés en el desierto,
elévanos hasta la gloria de tu reino.

Hijo unigénito del Padre, que has sido enviado al mundo para que todo el que crea en ti no perezca,
concede la vida eterna a los que buscan tu rostro.

Hijo amado del Padre, que has sido enviado al mundo no para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvado por ti,
concede el don de la fe a todos nuestros familiares y amigos, para que obtengan la salvación.

Hijo eterno del Padre, que viniste a prender fuego a la tierra para que el mundo entero ardiera,
haz que vivamos de acuerdo con la verdad y lleguemos a la luz.

Se pueden añadir algunas intenciones libres.

Pidamos ahora al Padre que venga al mundo su reino: Padre nuestro.

Oración

Señor, Dios nuestro, que has querido salvar a los hombres por medio de tu Hijo muerto en la cruz, te pedimos, ya que nos has dado a conocer en la tierra la fuerza misteriosa de la cruz de Cristo, que podamos alcanzar en el cielo los frutos de la redención. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo.

V. El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén.

II. CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz

IGLESIA PEREGRINA

Cesáreo Gabaráin

Todos unidos formando un solo cuerpo
un pueblo que en la pascua nació.
Miembros de Cristo en sangre redimidos
Iglesia peregrina de Dios.

Vive en nosotros la fuerza del espíritu
que el hijo desde el padre envió.
Él nos empuja nos guía y alimenta
Iglesia peregrina de Dios.

**Somos en la tierra
semilla de otro reino,
somos testimonio de amor.
Paz para las guerras
y luz entre las sombras
Iglesia peregrina de Dios.**

Rugen tormentas
y a veces nuestra barca,
parece que ha perdido el timón
Miras con miedo y no tienes confianza
Iglesia peregrina de Dios.

Una esperanza nos llena de alegría
Presencia que el señor prometió
Vamos cantando el viene con nosotros
Iglesia peregrina de Dios.

RITOS INICIALES

Presidente:

En el nombre del Padre,
Del Hijo,
Y del Espíritu Santo.

R/. Amen.

V/. El Dios de la vida
que ha resucitado a Jesucristo
rompiendo las ataduras de la muerte
esté con todos ustedes.

R/. Y con tu espíritu.

Monitor

“Ustedes son todos hermanos” (Mt. 23, 8). Es una frase del Maestro exhortando a sus discípulos para que tomen conciencia de su relación fraternal en cuanto hijos de un mismo Padre. La paz y la reconciliación es un sueño que atraviesa la humanidad entera. No es una utopía, sino más bien la oportunidad de realizar la vocación de cada persona: la llamada al encuentro con los demás. Por eso, adentrarse en el tema de la reconciliación en nuestro momento histórico del país, es tarea de todos. Todos debemos sondear las profundidades de nuestro corazón. Fuera de la reconciliación todo puede estar perdido. Con el deseo de contribuir al sueño de la reconciliación y de la paz entre los colombianos, el Episcopado Colombiano, convoca para este día, fiesta litúrgica de la Exaltación de la Santa Cruz, a un “día de oración por la reconciliación y la paz de Colombia”. Haciendo, pues, nuestra esta iniciativa, vivamos la celebración en ferviente oración. Participemos activamente.

ACTO PENITENCIAL

Presidente:

Jesucristo, el justo intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento, para acercarnos a la mesa del Señor.

Hace una breve pausa de silencio, luego, prosigue:

V/. Tú que pusiste la salvación del género humano en el árbol de la Cruz: Señor Ten piedad.

R/. Señor, ten piedad.

V/. Tu que padeciste por nosotros para que sigamos tus huellas: Cristo, ten piedad.

R/. Cristo, ten piedad.

V/. Tu que cargado con nuestros pecados, subiste al leño para que nosotros, muertos al pecado vivamos en la justicia: Señor, ten piedad.

R/. Señor, ten piedad.

Presidente:

Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.

R/. Amen.

Gloria a Dios en el cielo
y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor.
Por tu inmensa gloria
te alabamos,
te bendecimos,
te adoramos,
te glorificamos,
te damos gracias
Señor Dios, Rey celestial,
Dios Padre todopoderoso.
Señor, Hijo único, Jesucristo,
Señor Dios, Cordero de Dios,
Hijo del Padre;

Tú que quitas el pecado del mundo
ten piedad de nosotros;
Tú que quitas el pecado del mundo
atiende nuestra súplica;
Tú que estás sentado a la derecha del Padre
ten piedad de nosotros;
porque sólo Tú eres Santo,
sólo Tú Señor,
sólo Tú Altísimo, Jesucristo,
con el Espíritu Santo
en la gloria de Dios Padre.
Amén.

Oración Colecta

Oremos

**Oh Dios que quisiste que tu Unigénito
sufriera la cruz para salvar al género humano,
concede a quienes conocimos su misterio en la tierra
alcanzar los premios de la redención en el cielo.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios, por los siglos de los siglos.**

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Miraban a la serpiente de bronce y quedaban curados

Lectura del libro de los Números (Nm 21, 4b-9)

En aquellos días, el pueblo estaba extenuado del camino, y habló contra Dios y contra Moisés: «¿Por qué nos has sacado de Egipto para morir en el desierto? No tenemos ni pan ni agua, y nos da náusea ese pan sin cuerpo.» El Señor envió contra el pueblo serpientes venenosas, que los mordían, y murieron muchos israelitas. Entonces el pueblo acudió a Moisés, diciendo: «Hemos pecado hablando contra el Señor y contra ti; reza al Señor para que aparte de nosotros las serpientes.» Moisés rezó al Señor por el pueblo, y el Señor le respondió:

«Haz una serpiente venenosa y colócala en un estandarte: los mordidos de serpientes quedarán sanos al mirarla.» Moisés hizo una serpiente de bronce y la colocó en un estandarte. Cuando una serpiente mordía a uno, él miraba a la serpiente de bronce y quedaba curado.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Sal 77, 1-2. 34-35. 36-37.38 (R/. Cf 7b)

R. No olvidéis las acciones del Señor.

V. Escucha, pueblo mío, mi enseñanza,
Inclina el oído a las palabras de mi boca:
que voy a abrir mi boca a las sentencias,
Para que broten los enigmas del pasado. *R.*

V. Cuando los hacía morir, lo buscaban,
Y madrugaban para volverse hacia Dios;
se acordaban de que Dios era su roca,
el Dios Altísimo su redentor. *R.*

V. Lo adulaban con sus bocas,
Pero sus lenguas mentían:
Su corazón no era sincero con él,
Ni eran fieles a su alianza. *R.*

V. Él, en cambio, sentía lástima,
Perdonaba la culpa y no los destruía:
Una y otra vez reprimió su cólera,
Y no despertaba todo su furor. *R.*

ACLAMACIÓN AL EVANGELIO

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, Porque con tu cruz has redimido el mundo. *R.*

EVANGELIO

Tiene que ser elevado el Hijo del hombre

+ Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 3, 13- 17)

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo: «Nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre. Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna». Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

Palabra del Señor.

Después de la Homilía, se hace la oración de los fieles.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Presidente

Eleveamos a Dios nuestra oración, por medio de Cristo, y supliquemos el don de la reconciliación, diciendo:

R. Te rogamos, óyenos.

1. Por el santo padre, el Papa Francisco, para que su constante llamado a la reconciliación resuene en el corazón de los colombianos. Roguemos al Señor.
2. Por el gobierno de Colombia, para que sea signo de unidad y de reconciliación entre todos los poderes públicos del estado y los diversos movimientos políticos y religiosos de nuestro país. Roguemos al Señor.
3. Por las familias que han sido víctimas de la guerra, para que el Espíritu suscite en ellas la fuerza del perdón y la reconciliación. Roguemos al Señor.

4. Por los enfermos, muchas veces abandonados y excluidos, para que sus sufrimientos no los alejen de ti, sino que los hagan comprender mejor los sufrimientos de la pasión de tu Hijo Jesucristo y los acerquen más a ti. Roguemos al Señor.

5. Por el pueblo santo de Dios, que peregrina en Colombia, para que, en el costado traspasado de Cristo, encuentre la fuente del perdón y la reconciliación. Roguemos al Señor.

Oración conclusiva

*Padre misericordioso,
tu Hijo es nuestro perdón y nuestra paz,
acoge estás súplicas que con fe te hemos presentado,
en este Día por la Reconciliación de los colombianos.
Por Jesucristo nuestro Señor. R. Amen.*

LITURGIA EUCARÍSTICA

Canto del Ofertorio

BENDITO SEAS SEÑOR

Francisco Palazón

**Bendito seas, Señor,
por este pan y este vino
que generoso nos diste,
para caminar contigo,
y serán para nosotros
alimento en el camino.**

Te ofrecemos el trabajo,
las penas y alegrías,
el pan que nos alimenta
y el afán de cada día.

Te ofrecemos nuestro barro
que oscurece nuestras vidas
y el vino que no empleamos
para curar las heridas

Oración sobre las ofrendas

**Te rogamos, Señor,
que este sacrificio nos purifique de todo pecado,
pues en el ara de la cruz
canceló el pecado del mundo entero.
Por Jesucristo, nuestro Señor.**

PREFACIO

Prefacio: Victoria de la Cruz gloriosa

- V. El Señor esté con ustedes.
R. Y con tu espíritu.
V. Levantemos el corazón.
R. Lo tenemos levantado hacia el Señor.
V. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.
R. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Que pusiste la salvación del género humano
en el árbol de la cruz,
para que donde tuvo su origen la muerte
resurgiera la vida,
y para que el que había vencido en un madero,
en un madero fuera vencido,
por Cristo Señor nuestro.

Por Él los Ángeles y los Arcángeles alaban tu majestad,
te adoran las Dominaciones, se estremecen las Potestades
y te celebran, unidos en la alegría los cielos,
las Virtudes celestiales y los santos Serafines.
Permítenos asociarnos a sus voces
cantando humildemente tu alabanza:

Santo, Santo, Santo ...

PLEGARIA EUCARÍSTICA III

Santo eres en verdad, Padre,
y con razón te alaban todas tus creaturas,
ya que, por Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro,
con la fuerza del Espíritu Santo,
das vida y santificas todo,
y congregas a tu pueblo sin cesar,
para que ofrezca en tu honor
un sacrificio sin mancha
desde donde sale el sol hasta el ocaso.

Junta las manos y, manteniéndolas extendidas sobre las ofrendas, dice:

Por eso, Padre, te suplicamos
que santifiques por el mismo Espíritu
estos dones que hemos separado para Ti,

Junta las manos y traza el signo de la cruz sobre el pan y sobre el cáliz conjuntamente, diciendo:

de manera que se conviertan
en el Cuerpo y † la Sangre de Jesucristo,
Hijo tuyo y Señor nuestro,

Junta las manos.

que nos mandó celebrar estos misterios.

En las fórmulas que siguen, las palabras del Señor han de pronunciarse clara y distintamente, como lo requiere su naturaleza.

Porque Él mismo,
la noche en que iba a ser entregado,

Toma el pan y, sosteniéndolo un poco elevado sobre el altar, prosigue:

tomó pan,
y dando gracias te bendijo,
lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo:

Se inclina un poco.

**TOMAD Y COMED TODOS DE ÉL,
PORQUE ESTO ES MI CUERPO,
QUE SERÁ ENTREGADO POR VOSOTROS.**

Muestra la Hostia consagrada al pueblo, la deposita luego sobre la patena y la adora haciendo genuflexión.

Después prosigue:

Del mismo modo, acabada la cena,

Toma el cáliz y, sosteniéndolo un poco elevado sobre el altar, prosigue:

tomó el cáliz,
dando gracias te bendijo,
y lo pasó a sus discípulos, diciendo:

Se inclina un poco.

**TOMAD Y BEBED TODOS DE ÉL,
PORQUE ÉSTE ES EL CÁLIZ DE MI SANGRE,
SANGRE DE LA ALIANZA NUEVA Y ETERNA,
QUE SERÁ DERRAMADA POR VOSOTROS Y POR MUCHOS
PARA EL PERDÓN DE LOS PECADOS.**

HACED ESTO EN CONMEMORACIÓN MÍA.

Muestra el cáliz al pueblo, lo deposita luego sobre el corporal y lo adora haciendo genuflexión.

Luego dice una de las siguientes fórmulas:

Este es el Misterio de la fe.

O bien:

Este es el Sacramento de nuestra fe.

Y el pueblo prosigue, aclamando:

Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!

O bien:

Este es el Misterio de la fe. Cristo nos redimió.

Y el pueblo prosigue, aclamando:

Cada vez que comemos de este pan
y bebemos de este cáliz,
anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas.

O bien:

Este es el Misterio de la fe. Cristo se entregó por nosotros.

Y el pueblo prosigue, aclamando:

Salvador del mundo, sálvanos;
Tú que nos has liberado por tu cruz y resurrección.

Después el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

Así, pues, Padre,
al celebrar ahora el memorial
de la pasión salvadora de tu Hijo,
de su admirable resurrección y ascensión al cielo,
mientras esperamos su venida gloriosa,
te ofrecemos, en esta acción de gracias,
el sacrificio vivo y santo.

Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia
y reconoce en ella la Víctima
por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad;
para que, fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo
y llenos de su Espíritu Santo,
formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu.

C1 Que Él nos transforme en ofrenda permanente,
para que gocemos de tu heredad
junto con tus elegidos:
con María, la Virgen Madre de Dios,
San José, su esposo, los Apóstoles y los Mártires,
y todos los Santos,
por cuya intercesión
confiamos obtener siempre tu ayuda.

† Para las intercesiones particulares,

C2 Te pedimos, Padre,
que esta Víctima de reconciliación
traiga la paz y la salvación al mundo entero.
Confirma en la fe y en la caridad
a tu Iglesia, peregrina en la tierra:
a tu servidor, el Papa Francisco,
a nuestro Obispo **N**,
al Orden episcopal, a los presbíteros y diáconos
y a todo el pueblo redimido por Ti.

† Para el recuerdo propio de algunas solemnidades,

Atiende los deseos de esta familia
que has congregado en tu presencia.

Reúne en torno a Ti, Padre misericordioso,
a todos tus hijos dispersos por el mundo.

Para introducir el recuerdo especial de difuntos

A nuestros hermanos difuntos
y a cuantos murieron en tu amistad
recíbelos en tu reino,
donde esperamos gozar todos juntos
de la plenitud eterna de tu gloria,

Junta las manos.

por Cristo, Señor nuestro,
por quien concedes al mundo todos los bienes.

Toma la patena con la Hostia y el Cáliz, los eleva, y dice:

Por Cristo, con Él y en Él,
a Ti, Dios Padre omnipotente,
En la unidad del Espíritu Santo,
todo honor y toda gloria
por los siglos de los siglos.

El pueblo aclama: Amén.

Canto del Cordero

Oración después de la comunión

Oremos

**Fortalecidos con este alimento santo
te pedimos, Señor Jesucristo,
que conduzcas a la gloria de tu resurrección
a quienes redimiste
por el madero vivificante de la cruz.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.**

AMÉRICA DESPIERTA

E. Pironio.

Madre de los pobres, de los peregrinos,
te pedimos por América Latina.
Tierra que visitas con los pies descalzos,
apretando fuerte un niño en tus brazos.

¡América despierta!
Sobre tus cerros despunta
La luz de una mañana nueva.
Guía de la salvación, que ya se acerca
Sobre los pueblos que están en tiniebla
¡Ha brillado una gran luz!
Luz de un niño frágil que nos hace fuertes:
luz de un niño pobre que nos hace ricos,
luz de un niño esclavo que nos hace libres,
esa luz que un día nos diste en Belén.

III. H O R A S A N T A

M ODELOS INSPIRADORES DE LA RECONCILIACIÓN Y LA PAZ

Preparativos

1. Forma consagrada
2. Custodia
3. Capa Pluvial
4. Velo Humeral
5. Turiferario y Naveta con incienso
6. 5 velas
7. Imagen de los santos y de la B.V.M.
8. Prever los lectores.
9. Cantos.

MONITOR:

En los momentos más oscuros de la historia de Colombia, siempre surgen voces, gestos, dinámicas, personas que, guiadas por el Espíritu, como faros en la noche, no dejan de marcar las sendas que tenemos que recorrer. Un ejemplo de ello fueron el Siervo de Dios Miguel Ángel Builes, Santa Laura Montoya, el Beato Jesús Emilio Jaramillo, el Beato Pedro María Ramírez, y, la Bienaventurada Virgen María, Reina de la Paz. En el contexto actual de nuestro país, estos santos nos revelan cómo alcanzar el sueño de la reconciliación y de la paz. Detengámonos ante el Sacramento de la Eucaristía, secundando nuestra oración descubriendo sus biografías y algunas de sus más célebres frases pronunciadas en momentos cruciales de sus vidas. Vivamos este momento en ferviente oración.

Cuando se mencione al Santo, un laico se ubica al frente de la asamblea con su imagen de modo que sea visible para todos.

PRIMER TESTIGO: SIERVO DE DIOS MIGUEL ÁNGEL BUILES

Reseña biográfica

Lector 1: Nació en Donmatías el 9 de septiembre de 1888, sus padres fueron Agustín Builes y Ana María Gómez. Los estudios primarios los realizó en la escuela de su pueblo, y los estudios secundarios y de formación sacerdotal, los hizo en el Seminario Menor de San Pedro y en el Mayor de Santafé de

Antioquia, respectivamente. Ordenado sacerdote por el obispo Maximiliano Crespo Rivera el 29 de noviembre de 1914 en la capilla del Seminario Santo Tomás de Aquino de Santa Fe de Antioquia. El 3 de agosto de 1924 fue ordenado obispo de Santa Rosa de Osos. Durante cuarenta y tres años gobernó la diócesis de Santa Rosa de Osos. Se destacó por su extensa obra pastoral. Fundó cuatro comunidades religiosas: Instituto de Misiones Extranjeras de Yarumal (1927), La Congregación de Hermanas Misioneras de Santa Teresita del Niño Jesús (1929), La Congregación de Hermanas Contemplativas del Santísimo (1939), y La Congregación de Hijas de Nuestra Señora de las Misericordias (1951). Falleció en Medellín el 29 de septiembre de 1971. Fue declarado venerable por el Papa Francisco, el 21 de mayo de 2018.

Lector 2: Encendemos la Luz del siervo de Dios Miguel Ángel Builes

b) Frases del testigo

Lector 1: *No tengo bienes de fortuna que aten mi corazón, ni el mundo me halagó, ni estuve jamás apegado a la carne y a la sangre, porque, aunque los he amado con el alma, no han sido obstáculo para mi labor por Cristo (Mi Diario -10/01/1948)*

Lector 2: *Se apaga la fe, oh amados fieles, se apaga la fe; y porque faltan sus resplandores, empiezan a envolvernos las sombras del error y del pecado (Carta Pastoral "La rebelión - la inmoralidad, 2 de febrero de 1932)*

Lector 1: *Señor, yo oí tu voz cuando niño y me hice sacerdote porque tú sembraste en mí la misericordia hacia los millones de almas que se pierden. Y tú, movido por la misericordia, te sujetaste a la muerte por ellas; yo quisiera morir también por esas pobrecitas (Mi Diario)*

c) Breve silencio orante

d) Canto

SEGUNDO TESTIGO: SANTA LAURA MONTOYA

Nació en Jericó, Antioquia, el 26 de mayo de 1874. En 1914, apoyada por monseñor Maximiliano Crespo, obispo de Santa Fe de Antioquia, funda a las Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Siena. Sale de Medellín

hacia Dabeiba el 5 de mayo de 1914, acompañada por el grupo de misioneras catequistas de los indios, aceptando de antemano los sacrificios, humillaciones, pruebas y contradicciones que se ven venir. Su obra misionera rompió esquemas, para lanzar a la mujer como misionera en la vanguardia de la evangelización en América latina. Comprende la dignidad humana y la vocación divina del indígena. Quiere insertarse en su cultura, vivir como ellos en pobreza, sencillez y humildad y de esta manera derribar el muro de discriminación racial que mantenían algunos líderes civiles y religiosos de su tiempo. La Madre Laura centra su Eclesiología en el amor y la obediencia a la Iglesia. Vive para la Iglesia a quien ama entrañablemente, y para extender sus fronteras no mide dificultades, sacrificios, humillaciones y calumnias. Después de una larga y penosa agonía, murió en Medellín el 21 de octubre de 1949. Fue beatificada el año 2004 por el Papa Juan Pablo II, y canonizada el 12 de mayo del año 2013 por el Papa Francisco. Su memoria litúrgica se celebra el 21 de octubre.

Lector 2: Encendemos la Luz de Santa Laura.

Lector 1: Santa Laura, nos dice:

Lector 2: *“¡Cuánta sed tengo! ¡Sed de saciar la vuestra Señor! Al comulgar nos hemos juntado dos sedientos: ¡Vos de la gloria de vuestro Padre y yo de la de vuestro corazón Eucarístico! Vos de venir a mí, y yo de ir a Vos”*

Lector 1: *“No tienen sagrario, pero tienen naturaleza; aunque la presencia de Dios es distinta, en las dos partes está y el amor debe saber buscarlo y hallarlo en donde quiera que se encuentre”.*

c) Breve silencio orante

d) Canto

TERCER TESTIGO: BEATO JESÚS EMILIO JARAMILLO MONSALVE

a) Reseña biográfica:

Lector 1: Nació en Santo Domingo Antioquia, el 14 de febrero de 1916. Realizó los estudios de primaria en su pueblo natal, cuando apenas iba a cumplir los 13 años, en febrero de 1929 ingresa al Seminario de Misiones Extrajeras de Yarumal fundado por Mons. Miguel Ángel Builes, obispo de Santa Rosa de

Osos. Allí cursa humanidades y filosofía. El 3 de diciembre de 1936 emite la Promesa Jurada de Obediencia que lo incorpora al Instituto. Cursa luego estudios teológicos. Ordenado sacerdote el primero de septiembre de 1940. En 1944 obtiene el doctorado en teología. El 10 de enero de 1971 es consagrado obispo titular de Strumniza, como Vicario Apostólico de Arauca. El 19 de julio de 1984 el vicariato fue elevado a diócesis y fue nombrado como el primer obispo residencial. La vivencia de su episcopado, desde su consagración hasta el final de su vida, fue un testimonio continuado de celo ardiente y entrega generosa que corona con su muerte heroica el 2 de octubre de 1989 durante una visita pastoral a algunas parroquias rurales de su diócesis, a manos de una célula guerrillera. Fue beatificado el 8 de septiembre del 2017 por el Papa Francisco, en la ciudad de Villavicencio.

Lector 2: Encendemos la Luz del Beato Jesús Emilio Jaramillo Monsalve.

b) Frases del testigo:

Lector 1: Jesús Emilio Jaramillo, nos dice:

Lector 2: *“Creo que ahora es más capaz mi espíritu de apreciar mi vocación misionera, me siento tan Cristo; siento en mis entrañas cómo nace el amor enorme por mis ovejas. Por fin mi óleo amasará los trigos de Dios”.*

Lector 1: *“Yo tomo mi corazón y hago de él un inmenso cáliz donde quepa toda la sangre derramada en el Sarare. Tomo esa sangre la uno a la de Cristo y la derramo sobre el Sarare para que unida a la de Cristo sea el germen de la paz tan añorada”*

c) Breve silencio orante

d) Canto

CUARTO TESTIGO: PEDRO MARÍA RAMÍREZ RAMOS

a) Reseña biográfica

Lector 1: Pedro María, nació el 23 de octubre de 1899 en el municipio de La Plata (Huila), en el seno de una familia cristiana. Sus padres eran Ramón Ramírez e Isabel Ramos. Sus estudios primarios los realizó en su pueblo natal, mientras que los sacerdotales en el seminario de María Inmaculada de Garzón.

En 1931 fue ordenado sacerdote para la diócesis de Ibagué e inició su ministerio en Chaparral. Posteriormente, fue enviado a Cunday; luego, a Fresno; y, finalmente, a Armero, donde fue asesinado por odio a la fe, hacia las cinco de la tarde del 10 de abril de 1948, en la plaza municipal. Fue beatificado por el Santo Padre Francisco el 8 de septiembre de 2017 en la ciudad de Villavicencio. El beato es reconocido como el mártir de Armero.

Lector 2: Encendemos la luz del Beato Pedro María Ramírez

b) Frases de Jesús muy querida por el testigo:

Lector 1: “Les he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con ustedes, ustedes también lo hagan” (Jn 13, 15).

Lector 2: “En el mundo tendrán luchas; pero tengan valor: yo he vencido al mundo” (Jn 16, 33).

Lector 1: “Este es mi mandamiento: que se amen unos a otros como yo los he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15, 12-13).

Lector 2: “Si el mundo los odia, sepan que me ha odiado a mí antes que a ustedes” (Jn 15, 18).

c) Silencio orante

d) Canto

QUINTO TESTIGO: BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA, REINA DE LA PAZ

a) Reseña biográfica

Lector 1: Los evangelios sólo aportan, respecto a María, los datos fundamentales y algunas anécdotas. Consta que antes y después del nacimiento de Jesús vivió en Nazaret, pequeña ciudad de Galilea, y que, según la ley, estuvo casada con el artesano San José, descendiente de la casa del rey David. María acompañó a Jesús de Nazaret durante su ministerio de un lugar a otro, junto con las mujeres que le acompañaron desde Galilea y los "cuatro hermanos de Jesús": Santiago, José, Simón y Judas, hijos de María y Cleofás.

Tanto María como los cuatro hermanos fueron rodeados de una atmósfera de veneración que siguió en aumento, puesto que María cumplía de modo convincente las condiciones propias de los ciudadanos del reino. Como ejemplo del recuerdo que los primeros discípulos conservaban de María se encuentran las palabras que se colocan en boca de Isabel: “Bienaventurada tú que has creído” (Lc. 1,45). Tiene también un recuerdo vivo la frase de San Lucas: “María conservaba todos esos recuerdos, meditándolos en su corazón” (Lc. 2, 19).

María estuvo al pie de la cruz y fue testigo de la resurrección. Su mención en el cenáculo (Act. 1,14) junto con los doce apóstoles, las demás mujeres y los “hermanos de Jesús”, es el inicio de una presencia viva y constante en el seno del cristianismo primitivo. La comunidad de Jerusalén honró también a María como “Madre del Señor”, título con el que hacían participar a María de la gloria de Jesús e iniciaban con ello el proceso de reflexión teológica en torno a lo que ha venido a llamarse “las glorias de María”.

Lector 2: Encendemos la Luz de la Virgen María, ella al pie de la Cruz se ofrece con Jesucristo al Padre, y nos recibe en Juan a todos como sus nuevos hijos.

b) Frases del testigo

Lector 1: La Virgen María nos dice: *“Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humildad de su esclava (Lc 1, 47-48)*

Lector 2: *“Y María guardaba todo en su corazón”*

Lector 1: *“Haced lo que él os diga”*

c) Breve silencio orante

d) Canto

Oración en silencio

BENDICIÓN CON EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Cuando esté ya para terminar la adoración, el sacerdote o el diácono llega al altar, hace genuflexión y se arrodilla.

Mientras la asamblea canta un himno eucarístico, el ministro, de rodillas, inciensa el Santísimo Sacramento.

Luego, el ministro, puede hacer las alabanzas:

Bendito sea Dios.
Bendito su santo Nombre.
Bendito Jesucristo, Dios y Hombre verdadero.
Bendito el Nombre de Jesús.
Bendito su Sacratísimo Corazón.
Bendita su Preciosísima Sangre.
Bendito Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.
Bendito el Espíritu Santo Paráclito.
Bendita la excelsa Madre de Dios, María Santísima.
Bendita su Santa e Inmaculada Concepción.
Bendita su gloriosa Asunción.
Bendito el nombre de María Virgen y Madre.
Bendito San José, su castísimo esposo.
Bendito sea Dios en sus Ángeles y en sus Santos.

Seguidamente, el ministro, se pone de pie y dice: Oremos

Se hace una breve pausa de silencio.

Después el ministro prosigue con la siguiente oración:

V/. Nos diste señor el Pan del Cielo

R/. Que contiene en sí todo delite.

Oremos *(Silencio).*

*Oh Dios,
que en este Sacramento admirable
nos dejaste el Memorial de tu Pasión;
te pedimos nos concedas venerar de tal modo
los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre,*

*que experimentemos constante en nosotros
el fruto de tu redención.
Que vives y reinas por los siglos de los siglos.*

Amén

Luego, se da la bendición con el Sacramento de la Eucaristía. Finalmente, se reserva.

Tantum ergo Sacramentum,
Venerémur cernui:
Et antiquum documentum
Novo cedat ritui;
Præstet fides supplementum
Sensuum defectui.

Genitori Genitôque,
Laus et iubilatio;
Salus, honor, virtus quoque,
Sit et benedictio;
Procedenti ab utroque
Compar sit laudatio.
Amen.

IV. EJERCICIO DE LOS MIL JESÚS

Preparativos:

1. *La Cruz. Puede ser de madera o de ramos de olivo.*
2. *Dos cirios o velas.*
3. *La Sagrada Biblia.*
4. *Los textos de reflexión sugeridos, impresos o en un formato digital a la mano.*
5. *Agua bendita.*

Canto: Tú reinarás...

Invocación inicial: Por la señal de la Santa Cruz...

Acto de contrición: Yo confieso ante Dios todopoderoso...

Padre nuestro: Padre nuestro, que estás en el cielo...

Al empezar cada centena se lee un texto bíblico o bien, una consideración sobre la reconciliación.

1ª. Lectura bíblica: 2 Cor 5,18-21.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios

Hermanos, todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación. Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación. Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo les pedimos que se reconcilien con Dios. Al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él.

Palabra de Dios

Seguidamente se dice: Santísima Cruz, mi abogada has de ser, en la vida y en la muerte me has de favorecer. Si a la hora de mi muerte el demonio me tentare,

le diré: Satanás, Satanás, conmigo no contarás ni tendrás parte en mi alma, porque dije mil veces Jesús.

Luego se pasan las cuentas del rosario dos veces diciendo: Jesús, Jesús, Jesús... (100 veces) se dice Gloria, Padrenuestro y oración:

Oración: *Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos, que, por tu Santa Cruz, redimiste al mundo.*

2ª Consideración

Dice el Papa Francisco: Las historias de los que han vivido la violencia, en sus diversas formas, son historias de sufrimiento y amargura, de amor y de perdón que nos hablan de vida y de esperanza; para no dejar que el odio, la venganza y o el dolor se apoderen de nosotros. Por eso, oh Cristo Negro de Bojayá haz que seamos tus pies, tus brazos, tus manos para que seamos testigos de tu amor y de tu infinita misericordia.

3ª Lectura bíblica: Salmo 30, 2-6, Súplica confiada y acción de gracias

Supliquemos con el salmista: *A ti, Señor me acojo: no quede yo nunca defraudado; tú que eres justo ponme a salvo, inclina tu oído hacia mí; ven aprisa a librarme, sé la roca de mi refugio, un baluarte donde me salve, tú que eres mi roca y mi baluarte; por tu nombre dirígeme y guíame: sácame de la red que me han tendido, porque tú eres mi aparo. En tus manos encomiendo mi espíritu: tú el Dios leal, me librarás.*

4ª Consideración

Dice el Papa Francisco: Al reunirnos a los pies del Crucificado de Bojayá y al mirar su imagen contemplamos no sólo lo que ocurrió aquel día de la masacre, sino también tanto dolor tanta muerte, tantas vidas rotas, tanta sangre derramada en Colombia en los últimos decenios.

5ª Lectura bíblica: Ga 6, 14, Libreme Dios de gloriarme

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Gálatas

En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Pues lo que cuenta no es la circuncisión ni la incircuncisión, sino la nueva

criatura. La paz y la misericordia de Dios vengan sobre todos los que se ajustan a esta norma; también sobre el Israel de Dios.

6ª Consideración

Dice el Papa Francisco: Contemplar a Cristo mutilado y herido, nos interpela, porque nos muestra una vez más que Él vino para sufrir por su pueblo y con su pueblo; y para enseñarnos también que el odio no tiene la última palabra, que el amor es más fuerte que la muerte y la violencia. Nos enseña a transformar el dolor en fuente de vida y resurrección, para para que junto a Él y con Él aprendamos la fuerza del perdón, la grandeza del amor.

7ª Lectura bíblica: 1Co 1, 23-24, Cristo, aprendió, sufriendo, a obedecer

Lectura de la carta a los Hebreos

Hermanos, Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que le obedecen, en autor de salvación eterna,

Palabra de Dios

8ª Consideración

Dice el Papa Francisco: ¡Colombia, abre tu corazón de Pueblo de Dios, déjate reconciliar. ¡No le temas a la verdad ni a la justicia! No tengan miedo a pedir y a ofrecer el perdón. No se resistan a la reconciliación para acercarse, reencontrarse como hermanos y superar las enemistades. Es hora de sanar heridas, de tender puentes, de limar diferencias.

9ª Lectura bíblica: Mat 5, 23-24, Cuando vayas a presentar tu ofrenda

Del evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Mateo

Si cuando vas a presentar tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda.

Palabra del Señor

10ª Consideración

Dice el Papa Francisco: Es la hora para desactivar los odios, y renunciar a las venganzas, y abrirse a la convivencia basada en la justicia, en la verdad y en la creación de una verdadera cultura del encuentro fraterno. Que podamos habitar en armonía y fraternidad, como desea el Señor.

Al final, cuando se concluyan las 10 centenas, se finaliza con la oración al Cristo Negro de Bojayá, oración final, y bendición.

Oración al Cristo Negro de Bojayá

Oh Cristo negro de Bojayá,
que nos recuerdas tu pasión y muerte;
junto con tus brazos y pies
te han arrancado a tus hijos
que buscaron refugio en ti.

Oh Cristo negro de Bojayá,
que nos miras con ternura
y en tu rostro hay serenidad;
palpita también tu corazón
para acogernos en tu amor.

Oh Cristo negro de Bojayá,
haz que nos comprometamos
a restaurar tu cuerpo.

Que seamos tus pies para salir al encuentro
del hermano necesitado;
tus brazos para abrazar
al que ha perdido su dignidad;
tus manos para bendecir y consolar
al que llora en soledad.

Haz que seamos testigos
de tu amor y de tu infinita misericordia.
Amén.

Oración final

***Oh, Dios, que has querido salvar a los hombres
por medio de tu Hijo muerto en la cruz,
te pedimos, ya que nos has dado conocer en la tierra
la fuerza misteriosa de la cruz de Cristo,
que podamos alcanzar en el cielo los frutos de la redención.
Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor. Amén.***

Bendición

Si la oración la preside un ministro ordenado, da la bendición como de costumbre:

V. El Señor esté con ustedes.

R. Y con tu Espíritu.

La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

De lo contrario, se dice:

El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.
Amen. Bendigamos al Señor.

Canto: Estoy pensando en Dios *u otro canto apropiado.*

V. EL SANTO ROSARIO

V/. En el nombre del Padre, + y del Hijo y del Espíritu Santo.

R/. Amén.

V. ¡Oh Dios!, tú único Hijo nos ha conseguido con su muerte y resurrección los bienes de la salvación eterna: concédenos que, venerando estos misterios en el Santo Rosario de la Virgen María, imitemos aquello que contienen y obtengamos aquello que prometen.
Por Jesucristo nuestro Señor.

R/. Amén.

MISTERIOS DOLOROSOS

Hoy contemplamos los misterios dolorosos. El Rosario escoge algunos momentos de la Pasión, intuyendo que ellos son el culmen de la revelación del amor y la fuente de nuestra salvación. Los misterios dolorosos llevan al creyente a revivir la muerte de Jesús poniéndose al pie de la cruz junto a María, para penetrar con ella en la inmensidad del amor de Dios al hombre y sentir toda su fuerza regeneradora. (Ver "El Rosario de la Virgen María", N° 22).

En el primer misterio doloroso se contempla la oración en el huerto de los Olivos.

“Y adelantándose un poco, se postró rostro en tierra mientras oraba diciendo: - Padre mío, si es posible, aleja de mí este cáliz; pero que no sea tal como yo quiero, sino como quieres tú”. (*Mt 26, 39*)

El itinerario meditativo se abre con Getsemaní, donde Cristo vive un momento particularmente angustioso frente a la voluntad del Padre, contra la cual la debilidad de la carne se sentiría inclinada a rebelarse. Allí, Cristo se pone en lugar de todas las tentaciones de la humanidad y frente a todos los pecados de los hombres, para decirle al Padre: «no se haga mi voluntad, sino la tuya». Este «sí» suyo cambia el «no» de los progenitores en el Edén. (*Rosarium Virginis Mariæ, 22*).

En el segundo misterio doloroso se contempla la flagelación del Señor.

“Les dijo Pilato: "¿Y qué voy a hacer con Jesús, el llamado Cristo?" Y todos a una: "¡Crucificalo!"...Pilato, entonces, queriendo complacer a la gente, les soltó a Barrabás y entregó a Jesús, después de azotarlo, para que fuera crucificado". (Mt 27, 22; Mc 15, 15)

En los misterios dolorosos contemplamos en Cristo todos los dolores del hombre: en El, angustiado, traicionado, abandonado, capturado aprisionado; en El, injustamente procesado y sometido a la flagelación; en El, mal entendido y escarnecido en su misión; en El, condenado con complicidad del poder político; en El conducido públicamente al suplicio y expuesto a la muerte más infamante; en El, Varón de dolores profetizado por Isaías, queda resumido y santificado todo dolor humano. (*Juan Pablo II: Angelus del 30 de octubre, 1983*).

En el tercer misterio doloroso se contempla la coronación de espinas.

“Los soldados le llevaron dentro del palacio, es decir, al pretorio, y llamaron a toda la cohorte. Le vistieron de púrpura y, trenzando una corona de espinas, se la ciñeron. Y se pusieron a saludarle: “¡Salve, Rey de los judíos!” (Mc 15, 16-18) Ecce homo! En este oprobio no sólo se revela el amor de Dios, sino el sentido mismo del hombre. Ecce homo!: quien quiera conocer al hombre, ha de saber descubrir su sentido, su raíz y su cumplimiento en Cristo, Dios que se humilla por amor hasta la muerte y muerte de cruz (*Rosarium Virginis Mariæ, 22*)

En el cuarto misterio doloroso se contempla a Jesús con la cruz a cuestas.

“Tomaron, pues, a Jesús, y él cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario, que en hebreo se llama Gólgota, y allí, le crucificaron” (Jn 19, 16-18).

En el camino doloroso y en el Gólgota está la Madre, la primera Mártir. Y nosotros, con el corazón de la Madre, a la cual desde la cruz entregó en testamento a cada uno de los discípulos y a cada uno de los hombres, contemplamos conmovidos los padecimientos de Cristo, aprendiendo de El la obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz; aprendiendo de Ella a acoger a cada hombre como hermano, para estar con Ella junto a las innumerables cruces en las que el Señor de la gloria todavía está injustamente enclavado, no en su Cuerpo glorioso, sino en los miembros dolientes de su Cuerpo místico. (*Juan Pablo II: Angelus del 30 de octubre, 1983*).

En el quinto misterio doloroso se contempla la muerte de Jesús en la cruz.

“Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego dice al discípulo: “ahí tienes a tu madre”...(después) la oscuridad cayó sobre toda la tierra hasta la hora de nona...y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: “Padre, en tus manos pongo mi espíritu” y, dicho esto, expiró” (Jn 19, 26-27; Lc 23, 44-46).

Los misterios de dolor llevan al creyente a revivir la muerte de Jesús poniéndose al pie de la cruz junto a María, para penetrar con ella en la inmensidad del amor de Dios al hombre y sentir toda su fuerza regeneradora (*Rosarium Virginis Mariæ*, 22).

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia,
vida, dulzura y esperanza nuestra.

Dios te salve.

A Ti clamamos los desterrados hijos de Eva,
a Ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.

Ea, pues, Señora Abogada Nuestra,
vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos,
y después de este destierro, muéstranos a Jesús,
fruto bendito de tu vientre.

Oh, clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María.

Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios,
para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

Amén.

LETANIAS

Señor, ten piedad
Cristo, ten piedad
Señor, ten piedad.
Cristo, óyenos.
Cristo, escúchanos.

Dios, Padre celestial,
ten piedad de nosotros.

Dios, Hijo, Redentor del mundo,
Dios, Espíritu Santo,
Santísima Trinidad, un solo Dios,

Santa María,
ruega por nosotros.
Santa Madre de Dios,
Santa Virgen de las Vírgenes,

Madre de Cristo,
Madre de la Iglesia,
Madre de la misericordia,
Madre de la divina gracia,
Madre de la esperanza,
Madre purísima,
Madre castísima,
Madre siempre virgen,
Madre inmaculada,
Madre amable,
Madre admirable,
Madre del buen consejo,
Madre del Creador,
Madre del Salvador,
Virgen prudentísima,
Virgen digna de veneración,
Virgen digna de alabanza,
Virgen poderosa,
Virgen clemente,
Virgen fiel,
Espejo de justicia,
Trono de la sabiduría,
Causa de nuestra alegría,
Vaso espiritual,
Vaso digno de honor,
Vaso de insigne devoción,

Rosa mística,
Torre de David,
Torre de marfil,
Casa de oro,
Arca de la Alianza,
Puerta del cielo,
Estrella de la mañana,
Salud de los enfermos,
Refugio de los pecadores,
Consuelo de los migrantes,
Consoladora de los afligidos,
Auxilio de los cristianos,
Reina de los Ángeles,
Reina de los Patriarcas,
Reina de los Profetas,
Reina de los Apóstoles,
Reina de los Mártires,
Reina de los Confesores,
Reina de las Vírgenes,
Reina de todos los Santos,
Reina concebida sin pecado original,
Reina asunta a los Cielos,
Reina del Santísimo Rosario,
Reina de la familia,
Reina de la paz.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,
perdónanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,
escúchanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,
ten misericordia de nosotros.

Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.
Para que seamos dignos de las promesas de Cristo.

ORACIÓN

**Te rogamos nos concedas,
Señor Dios nuestro,
gozar de continua salud de alma y cuerpo,
y por la gloriosa intercesión
de la bienaventurada siempre Virgen María,
vernos libres de las tristezas de la vida presente
y disfrutar de las alegrías eternas.
Por Cristo nuestro Señor.**

Amén.

VI. VIA CRUCIS

En oración con Jesús en el camino de la cruz

Escritas por el Santo Padre Francisco

Introducción

Señor Jesús, al mirar tu cruz comprendemos tu entrega total por nosotros. Te consagramos y ofrecemos este tiempo. Queremos pasarlo junto a ti, que rezaste desde el Getsemaní hasta el Calvario. En el Año de la oración nos unimos a tu camino orante.

Del Evangelio según san Marcos (14,32-37)

Llegaron a una propiedad llamada Getsemaní [...]. Después llevó con él a Pedro, Santiago y Juan, y comenzó a sentir temor y a angustiarse. Entonces les dijo “[...] Quédense aquí velando”. Y adelantándose un poco, se postró en tierra y decía: “Abba –Padre– todo te es posible: aleja de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya”. Después volvió y encontró a sus discípulos dormidos. Y Jesús dijo a Pedro: “[...] ¿No has podido quedarte despierto ni siquiera una hora?”.

Señor, tú preparabas con la oración cada una de tus jornadas, y ahora en Getsemaní preparas la Pascua. Y orabas diciendo *Abba –Padre– todo te es posible*, porque la oración es ante todo diálogo e intimidad, pero es también lucha y petición: *¡aleja de mí este cáliz!* Así mismo, es entrega confiada y don: *Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya*. Así, orante, entraste por la puerta estrecha de nuestro dolor y la atravesaste hasta el final. Tuviste «temor y angustia» (Mc 14,33): temor frente a la muerte, angustia bajo el peso de nuestros pecados, que cargaste sobre ti, mientras te invadía una amargura infinita. Sin embargo, en lo más duro de la lucha oraste «más intensamente» (Lc 22,44). De esta manera, transformaste la violencia del dolor en ofrenda de amor.

Nos pides una sola cosa: *quedarnos* contigo y *velar*. No nos pides lo imposible, sino que permanezcamos cerca de ti. Y, sin embargo, ¡cuántas veces me he alejado de ti! Cuántas veces, como los discípulos, en lugar de velar, me dormí, cuántas veces no tuve tiempo o ganas de rezar, porque estaba cansado, anestesiado por la comodidad o con el alma adormecida. Jesús, vuelve a repetirme a mí, vuelve a repetirnos a nosotros, que somos tu Iglesia: «Levántense y oren» (Lc 22,46). Despiértanos, Señor, sacude el letargo de

nuestros corazones, porque también hoy, sobre todo hoy, necesitas nuestra oración.

1. Jesús es condenado a muerte

El Sumo Sacerdote, poniéndose de pie ante la asamblea, interrogó a Jesús: «¿No respondes nada a lo que estos atestiguan contra ti?». El permanecía en silencio y no respondía nada. [...] Pilato lo interrogó nuevamente: «¿No respondes nada? ¡Mira de todo lo que te acusan!». Pero Jesús ya no respondió a nada más, y esto dejó muy admirado a Pilato (Mc 14,60-61;15,4-5).

Jesús, tú eres la vida, pero te condenan a muerte; eres la verdad y sin embargo eres víctima de un falso proceso. Pero, ¿por qué no te rebelas? ¿Por qué no levantas la voz y explicas cuáles son tus propias razones? ¿Por qué no rebates a los sabios y a los poderosos como siempre lo has hecho? Jesús, tu actitud desconcierta; en el momento decisivo no hablas, sino callas. Porque cuanto más fuerte es el mal, más radical es tu respuesta. Y tu respuesta es el silencio. Pero tu silencio es fecundo: es oración, es mansedumbre, es perdón, es la vía para redimir el mal, para convertir tus sufrimientos en un don que nos ofreces. Jesús, me doy cuenta de que apenas te conozco porque conozco poco tu silencio, porque en el frenesí de las prisas y del hacer, absorbido por las cosas, atrapado por el miedo de no mantenerme a flote o por el afán de querer ponerme siempre en el centro, no encuentro tiempo para detenerme y quedarme contigo; para permitirte a ti, Palabra del Padre, obrar en silencio. Jesús, tu silencio me estremece, me enseña que la oración no nace de los labios que se mueven, sino de un corazón que sabe escuchar. Porque rezar es hacerse dócil a tu Palabra, es adorar tu presencia.

Oremos diciendo: *Háblame al corazón, Jesús*

Tú que respondes al mal con el bien

Háblame al corazón, Jesús

Tú que apagas los gritos con la mansedumbre

Háblame al corazón, Jesús

Tú que detestas la murmuración y los reproches

Háblame al corazón, Jesús

Tú que me conoces íntimamente

Háblame al corazón, Jesús

Tú que me amas más de cuanto yo pueda amarme

Háblame al corazón, Jesús.

2. Jesús carga la cruz

*Él llevó sobre la cruz nuestros pecados,
cargándolos en su cuerpo,
a fin de que, muertos al pecado, vivamos para la justicia.
Gracias a sus llagas, ustedes fueron curados (1 P 2,24).*

Jesús, nosotros también cargamos nuestras cruces, a veces muy pesadas: una enfermedad, un accidente, la muerte de un ser querido, una decepción amorosa, un hijo que se perdió, la falta de trabajo, una herida interior que no cicatriza, el fracaso de un proyecto, una esperanza más que se malogra... Jesús, ¿cómo rezar ahí? ¿Cómo hacerlo cuando me siento aplastado por la vida, cuando un peso oprime mi corazón, cuando estoy bajo presión y ya no tengo fuerzas para reaccionar? Tu respuesta se encuentra en una invitación: «Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré» (Mt 11,28). Ir a ti; yo, en cambio, me encierro en mí mismo, rumiando mentalmente, escarbando en el pasado, quejándome, hundiéndome en el victimismo, paladín de negatividad. *Vengan a mí*; no te ha parecido suficiente decírnoslo, sino que has venido a nosotros para tomar nuestra cruz sobre tus hombros, y quitarnos su peso. Esto es lo que deseas: que descarguemos en ti nuestros cansancios y sinsabores, porque quieres que en ti nos sintamos libres y amados. Gracias, Jesús. Uno mi cruz a la tuya, te traigo mi fatiga y mis miserias, pongo en ti todo el agobio que tengo en mi corazón.

Oremos diciendo: *Acudo a ti, Señor*

Con mi historia personal

Acudo a ti, Señor

Con mis cansancios

Acudo a ti, Señor

Con mis límites y mis fragilidades

Acudo a ti, Señor

Con mis miedos

Acudo a ti, Señor

Confianto sólo en tu amor

Acudo a ti, Señor

3. Jesús cae por primera vez

Les aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto (Jn 12,24).

Jesús, has caído. ¿En qué piensas?, ¿cómo rezas postrado rostro en tierra? Pero, sobre todo, ¿qué es lo que te da fuerzas para volver a levantarte? Mientras estás boca abajo en el suelo y ya no puedes ver el cielo, te imagino repitiendo en tu corazón: *Padre, que estás en los cielos*. La mirada amorosa del Padre posada en ti es tu fuerza. Pero imagino también que, mientras besas la tierra árida y fría, piensas en el hombre, sacado de la tierra, piensas en nosotros, que estamos en el centro de tu corazón; y que repites las palabras de tu testamento: *«Esto es mi Cuerpo, que se entrega por ustedes» (Lc 22,19)*. El amor del Padre por ti y el tuyo por nosotros: el amor, ese es el estímulo que te hace levantarte y seguir adelante. Porque el que ama no se queda derrumbado, sino que vuelve a empezar; el que ama no se cansa, sino que corre; el que ama vuela. Jesús mío, siempre te pido muchas cosas, pero necesito sólo una: saber amar. Caeré en la vida, pero con amor podré volver a levantarme y seguir adelante, como hiciste tú, que tienes experiencia en las caídas. Tu vida, en efecto, ha sido una caída continua hacia nosotros: de Dios a hombre, de hombre a siervo, de siervo a crucificado, hasta el sepulcro; caíste en la tierra como semilla que muere, caíste para levantarnos de la tierra y llevarnos al cielo. Tú que levantas del polvo y reavivas la esperanza, dame la fuerza para amar y volver a empezar.

Oremos diciendo: *Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar*

Cuando prevalece la desilusión

Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar

Cuando el juicio de los demás se abate sobre mí

Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar

Cuando las cosas no van bien y me vuelvo intolerante

Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar

Cuando siento que ya no puedo más

Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar

Cuando me oprime el pensamiento de que nada cambiará

Jesús, dame la fuerza para amar y volver a empezar

4. Jesús encuentra a su madre

Al ver a la madre y cerca de ella al discípulo a quien él amaba, Jesús [...] dijo al discípulo: «Aquí tienes a tu madre». Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa (Jn 19,26-27).

Jesús, los tuyos te han abandonado; Judas te ha traicionado, Pedro te ha negado. Te has quedado solo con la cruz, pero ahí está tu madre. No hacen falta palabras, son suficientes sus ojos que saben mirar de frente al sufrimiento y asumirlo. Jesús, en la mirada de María, llena de lágrimas y de luz, encuentras el grato recuerdo de su ternura, de sus caricias, de sus brazos amorosos que siempre te han acogido y sostenido. La mirada de la propia madre es la mirada de la memoria, que nos cimienta en el bien. No podemos prescindir de una madre que nos dé a luz, pero tampoco de una madre que nos encarrile en el mundo. Tú lo sabes y desde la cruz nos entregas a tu propia madre. *Aquí tienes a tu madre*, dices al discípulo, a cada uno de nosotros. Después de la Eucaristía, nos das a María, tu último don antes de morir. Jesús, tu camino fue consolado por el recuerdo de su amor; también mi camino necesita cimentarse en la memoria del bien. Sin embargo, me doy cuenta de que mi oración es pobre en memoria: es rápida, apresurada; con una lista de necesidades para hoy y mañana. María, detén mi carrera, ayúdame a hacer memoria: a custodiar la gracia, a recordar el perdón y las maravillas de Dios, a reavivar el primer amor, a saborear de nuevo las maravillas de la providencia, a llorar de gratitud.

Oremos diciendo: *Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor*

Cuando vuelven a aparecer las heridas del pasado

Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor

Cuando pierdo el sentido y el rumbo de las cosas

Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor

Cuando pierdo de vista los dones que he recibido

Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor

Cuando pierdo de vista el don de mi propio ser

Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor

Cuando me olvido de agradecerte

Reaviva en mí, Señor, el recuerdo de tu amor

5. Jesús es ayudado por el Cirineo

Cuando [los soldados] lo llevaban, detuvieron a un tal Simón de Cirene, que volvía del campo, y lo cargaron con la cruz, para que la llevara detrás de Jesús (Lc 23,26).

Jesús, cuántas veces, frente a los retos de la vida, presumimos de lograr hacer todo sólo con nuestras propias fuerzas. ¡Qué difícil nos resulta pedir ayuda, ya sea por miedo a dar la impresión de que no estamos a la altura de las circunstancias, o porque siempre nos preocupamos por quedar bien y lucirnos! No es fácil confiar, y menos aún abandonarse. En cambio, quien reza es porque está necesitado, y tú, Jesús, estás acostumbrado a abandonarte en la oración. Por eso no desdeñas la ayuda del Cirineo. Le muestras tus fragilidades a un hombre sencillo, a un campesino que vuelve del campo. Gracias porque, al dejarte ayudar en tu necesidad, borras la imagen de un dios invulnerable y lejano. Tú no te muestras imbatible en el poder, sino invencible en el amor, y nos enseñas que amar significa socorrer a los demás precisamente allí, en las debilidades de las que se avergüenzan. De este modo, las fragilidades se transforman en oportunidades. Fue lo que le sucedió a Cirineo: tu debilidad cambió su vida y un día se daría cuenta de que había ayudado a su Salvador, de que había sido redimido por medio de esa cruz que cargó. Para que mi vida también cambie, te ruego, Jesús: ayúdame a bajar mis defensas y a dejarme amar por ti; justo ahí, donde más me avergüenzo de mí mismo.

Oremos diciendo: *Sáname, Jesús*

De toda presunción de autosuficiencia

Sáname, Jesús

De creer que puedo prescindir de ti y de los demás

Sáname, Jesús

Del afán de perfeccionismo

Sáname, Jesús

De la reticencia a entregarte mis miserias

Sáname, Jesús

De la prisa mostrada ante los necesitados que encuentro en mi camino

Sáname, Jesús

6. Jesús recibe el consuelo de la Verónica que le enjuga el rostro

Bendito sea Dios [...] Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos reconforta en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros podamos dar a los que sufren el mismo consuelo [...]. Porque así como participamos abundantemente de los sufrimientos de Cristo, también por medio de Cristo abunda nuestro consuelo (2 Co 1,3-5).

Jesús, son tantos los que asisten al bárbaro espectáculo de tu ejecución y, sin conocerte y sin saber la verdad, emiten juicios y condenas, arrojando sobre ti infamia y desprecio. Sucede también hoy, Señor, y ni siquiera es necesario un cortejo macabro; basta un teclado para insultar y publicar condenas. Pero mientras tantos gritan y juzgan, una mujer se abre paso entre la multitud. No habla, actúa. No protesta, se compadece. Va contra la corriente, sola, con la valentía de la compasión; se arriesga por amor, encuentra la manera de pasar entre los soldados sólo para brindarte el consuelo de una caricia en el rostro. Su gesto pasará a la historia y como un gesto de consuelo. ¡Cuántas veces habré invocado tu consuelo, Jesús! Y ahora la Verónica me recuerda que tú también lo necesitas. Tú, Dios cercano, pides mi cercanía; tú, consolador mío, quieres ser consolado por mí. Amor no amado, buscas aún hoy entre la multitud corazones sensibles a tu sufrimiento, a tu dolor. Buscas *verdaderos adoradores*, que en espíritu y en verdad (cf. *Jn 4,23*) permanezcan contigo (cf. *Jn 15*), Amor abandonado. Jesús, enciende en mí el deseo de estar contigo, de adorarte y consolarte. Y haz que yo, en tu nombre, sea consuelo para los demás.

Oremos diciendo: *Hazme testigo de tu consuelo*

Dios de misericordia, que te haces cercano a quien tiene el corazón herido

Hazme testigo de tu consuelo

Dios de ternura, que te conmueves por nosotros

Hazme testigo de tu consuelo

Dios de compasión, que detestas la indiferencia

Hazme testigo de tu consuelo

Tú, que te entristeces cuando señalo con el dedo a los demás

Hazme testigo de tu consuelo

Tú, que no has venido a condenar sino a salvar

Hazme testigo de tu consuelo

7. Jesús cae por segunda vez bajo el peso de la cruz

[El hijo menor] recapacitó y dijo: Ahora mismo iré a la casa de mi padre y le diré: «Padre, pequé» [...]. Entonces partió y volvió a la casa de su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó. El joven le dijo: «Padre, pequé [...]; no merezco ser llamado hijo tuyo». Pero el padre dijo: [...] «mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado» (Lc 15,17-18.20-22.24).

Jesús, la cruz pesa mucho; lleva en sí el peso de la derrota, del fracaso, de la humillación. Lo comprendo cuando me siento aplastado por las cosas, acosado por la vida e incomprendido por los demás; cuando siento el peso excesivo y exasperante de la responsabilidad y del trabajo, cuando me siento oprimido en las garras de la ansiedad, asaltado por la melancolía, mientras un pensamiento asfíxiate me repite: no saldrás adelante, esta vez no te levantarás. Pero las cosas empeoran aún más. Me doy cuenta de que toco fondo cuando vuelvo a caer, cuando recaigo en mis errores, en mis pecados, cuando me escandalizo de los demás y luego me doy cuenta de que yo no soy distinto de ellos. No hay nada peor que sentirse decepcionado de sí mismo, aplastado por los sentimientos de culpa. Pero tú, Jesús, caíste muchas veces bajo el peso de la cruz para estar a mi lado cuando yo caigo. Contigo la esperanza nunca se acaba, y después de cada caída nos volvemos a levantar, porque cuando me equivoco no te cansas de mí, sino que te acercas más a mí. Gracias porque me esperas; gracias, pues, aunque caiga muchas veces me perdonas siempre, siempre. Recuérdame que las caídas se pueden convertir en momentos cruciales del camino, porque me llevan a comprender que lo único que importa es que te necesito. Jesús, imprime en mi corazón la certeza más importante: que vuelvo a levantarme de verdad sólo cuando me levantas tú, cuando me liberas del pecado. Porque la vida no vuelve a empezar con mis palabras, sino con tu perdón.

Oremos diciendo: *Levántame, Jesús*

Cuando, paralizado por la desconfianza, siento tristeza y desesperación

Levántame, Jesús

Cuando veo mi incapacidad y me siento inútil

Levántame, Jesús

Cuando prevalecen la vergüenza y el miedo al fracaso

Levántame, Jesús

Cuando tengo la tentación de perder la esperanza

Levántame, Jesús

Cuando olvido que mi fortaleza está en tu perdón

Levántame, Jesús

8. Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén

Lo seguían muchos del pueblo y un buen número de mujeres, que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él (Lc 23,27).

Jesús, ¿quién te acompaña hasta el final en tu camino de la cruz? No son los poderosos, que te esperan en el Calvario, ni los espectadores que se quedan lejos, sino la gente sencilla, grande a tus ojos, pero pequeña a los del mundo. Son esas mujeres, a las que has dado esperanza; que no tienen voz, pero se hacen oír. Ayúdanos a reconocer la grandeza de las mujeres, las que en Pascua te fueron fieles y no te abandonaron, las que aún hoy siguen siendo descartadas, sufriendo ultrajes y violencia. Jesús, las mujeres que encuentras se golpean el pecho y se lamentan por ti. No lloran por ellas, sino que lloran por ti, lloran por el mal y el pecado del mundo. Su oración hecha de lágrimas llega a tu corazón. ¿Acaso mi oración sabe llorar? ¿Me conmueve ante ti, crucificado por mí, ante tu amor bondadoso y herido? ¿Lloro por mis falsedades y mi inconstancia? Ante las tragedias del mundo, ¿mi corazón permanece frío o se conmueve? ¿Cómo reacciono ante la locura de la guerra, ante los rostros de los niños que ya no saben sonreír, ante sus madres que los ven desnutridos y hambrientos sin tener siquiera más lágrimas que derramar? Tú, Jesús, has llorado por Jerusalén, has llorado por la dureza de nuestros corazones. Sacúdeme por dentro, dame la gracia de llorar rezando y de rezar llorando.

Oremos diciendo: *Jesús, ablanda mi corazón endurecido*

Tú que conoces los secretos del corazón

Jesús, ablanda mi corazón endurecido

Tú que te entristeces ante la dureza de los ánimos

Jesús, ablanda mi corazón endurecido

Tú que amas los corazones contritos y humillados

Jesús, ablanda mi corazón endurecido

Tú que enjugaste con el perdón las lágrimas de Pedro

Jesús, ablanda mi corazón endurecido

Tú que transformas el llanto en canto

Jesús, ablanda mi corazón endurecido

9. Jesús es despojado de sus vestiduras

«Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos de paso, y te alojamos; desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o preso, y fuimos a verte?» [...]. Les responderá: «Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25,37-40).

Jesús, estas son las palabras que dijiste antes de la Pasión. Ahora comprendo esa insistencia tuya en identificarte con los necesitados: tú, encarcelado; tú, extranjero, conducido fuera de la ciudad para ser crucificado; tú, desnudo, despojado de tus vestidos; tú, enfermo y herido; tú, sediento en la cruz y hambriento de amor. Concédeme que pueda verte en los que sufren y que a los que sufren los pueda ver en ti, porque tú estás ahí, en quien está despojado de dignidad, en los cristos humillados por la prepotencia y la injusticia, por las ganancias injustas obtenidas a costa de los demás y ante la indiferencia general. Te miro, Jesús, despojado de tus vestiduras, y comprendo que me invitas a despojarme de tantas exterioridades vacías. Porque tú no miras las apariencias, sino el corazón. Y no quieres una oración estéril, sino fecunda en caridad. Dios despojado, ponme al descubierto también a mí. Porque es fácil hablar, pero luego, ¿te amo yo de verdad en los pobres, en tu carne herida? ¿Rezo por los que han sido despojados de dignidad? ¿O rezo sólo para cubrir mis propias necesidades y revestirme de seguridad? Jesús, tu verdad me deja al descubierto y me lleva a ocuparme de lo que importa: tú crucificado, y los hermanos crucificados. Concédeme que lo comprenda ahora, para que no me encuentre falto de amor cuando deba presentarme ante ti.

Oremos diciendo: *Despójame, Señor Jesús*

Del apego a las apariencias

Despójame, Señor Jesús

De la armadura de la indiferencia

Despójame, Señor Jesús

Del creer que yo no tenga que socorrer a los demás

Despójame, Señor Jesús

De un culto hecho de convencionalismo y exterioridad

Despójame, Señor Jesús

De la convicción de que en la vida todo está biensi yo estoy bien

Despójame, Señor Jesús.

10. Jesús es clavado en la cruz

Cuando llegaron al lugar llamado «del Cráneo», lo crucificaron junto con los malhechores, uno a su derecha y el otro a su izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,33-34).

Jesús, te perforan las manos y los pies con clavos, lacerando tu carne, y justo ahora, mientras el dolor físico se hace más insoportable, brota de tus labios la oración imposible, perdonas al que te está hundiendo los clavos en las muñecas. Y no sólo una vez, sino muchas veces, como recuerda el Evangelio, con ese verbo que indica una acción repetida, *decías* "Padre, perdona". Por eso, contigo, Jesús, también yo puedo encontrar el valor de elegir el perdón que libera el corazón y relanza la vida. Señor, no te basta con perdonarnos, sino también nos justificas ante el Padre: *no saben lo que hacen*. Toma nuestra defensa, hazte nuestro abogado, intercede por nosotros. Ahora que tus manos, con las que bendecías y curabas, están clavadas, y tus pies, con los que traías la buena nueva, ya no pueden caminar, ahora, en la impotencia, nos revelas la omnipotencia de la oración. En la cumbre del Gólgota nos revelas la altura de la oración de intercesión que salva al mundo. Jesús, que yo no rece sólo por mí y por mis seres queridos, sino también por los que no me quieren y me hacen daño; que yo rece según los deseos de tu corazón, por los que están lejos de ti; reparando e intercediendo en favor de los que, ignorándote, no conocen la alegría de amarte y de ser perdonados por ti.

Oremos diciendo: *Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero*

Por la dolorosa pasión de Jesús

Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero

Por el poder de sus llagas

Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero

Por su perdón en la cruz

Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero

Por cuantos perdonan por amor a ti

Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero

Por la intercesión de los que creen, adoran, esperan y te aman

Padre, ten misericordia de nosotros y del mundo entero

11. El grito de abandono de Jesús en la cruz

Desde el mediodía hasta las tres de la tarde, las tinieblas cubrieron toda la región. Hacia las tres de la tarde, Jesús exclamó en alta voz: «Eli, Eli, lemá sabactani», que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,45-46).

Jesús, he aquí una oración sin precedentes: clamas al Padre tu abandono. Tú, Dios del cielo, que no replicas estruendosamente ninguna respuesta, sino que preguntas *¿por qué?* En el ápice de la Pasión experimentas el alejamiento del Padre y ya ni siquiera le llamas Padre, como haces siempre, sino Dios, como si fueras incapaz de identificar su rostro. ¿Por qué? Para sumergirte hasta el fondo del abismo de nuestro dolor. Tú lo hiciste por mí, para que cuando sólo vea tinieblas, cuando experimente el derrumbamiento de las certezas y el naufragio del vivir, ya no me sienta solo, sino que crea que tú estás ahí conmigo; tú, Dios de la comunión, experimentaste el abandono para no dejarme más como rehén de la soledad. Cuando gritaste tu *por qué*, lo hiciste con un salmo; así convertiste en oración incluso la desolación más extrema. Esto es lo que hay que hacer en las tormentas de la vida; en vez de callar y aguantar, clamar a ti. Gloria a ti, Señor Jesús, porque no has huido de mi desolación, sino que la has habitado hasta lo más profundo. Alabanza y gloria a ti que, cargando sobre ti toda lejanía, te has hecho cercano a los más alejados de ti. Y yo, en las tinieblas de mis porqués, te encuentro a ti, Jesús, luz en la noche. Y en el grito de tantas personas solas y excluidas, oprimidas y abandonadas, te veo a ti, Dios mío: haz que te reconozca y te ame.

Oremos diciendo: *Haz, Jesús, que te reconozca y te ame*

En los niños no nacidos y en aquellos abandonados

Haz, Jesús, que te reconozca y te ame

En tantos jóvenes, en espera de que alguien oiga su grito de dolor

Haz, Jesús, que te reconozca y te ame

En los numerosos ancianos descartados

Haz, Jesús, que te reconozca y te ame

En los prisioneros y en quien se encuentra solo

Haz, Jesús, que te reconozca y te ame

En los pueblos más explotados y olvidados

Haz, Jesús, que te reconozca y te ame.

12. Jesús muere encomendándose al Padre y concediéndole el Paraíso al buen ladrón

[Uno de los malhechores crucificados] decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a establecer tu Reino». Él le respondió: «Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso» [...]. Jesús, con un grito, exclamó: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Y diciendo esto, expiró (Lc 23,42-43.46).

Jesús, ¡un malhechor va al Paraíso! Él se encomienda a ti y tú lo encomiendas contigo al Padre. Dios de lo imposible, que haces santo a un ladrón. Y no sólo eso: en el Calvario cambias el curso de la historia. Conviertes la cruz, que es emblema del tormento, en icono del amor; cambias el muro de la muerte en puente hacia la vida. Transformas la oscuridad en luz, la separación en comunión, el dolor en danza e incluso el sepulcro —última estación de la vida— en punto de partida de la esperanza. Pero estas transformaciones las realizas con nosotros, nunca sin nosotros. *Jesús, acuérdate de mí*: esta oración sincera te permitió obrar maravillas en la vida de aquel malhechor. Qué poder inaudito el de la oración. A veces pienso que mi oración no es escuchada, mientras que lo esencial es perseverar, tener constancia, acordarme de decirte: “Jesús, acuérdate de mí”. Acuérdate de mí y mi mal ya no será un final, sino un nuevo inicio. Acuérdate, vuelve a ponerme en tu corazón, incluso cuando me aleje, cuando me pierda en la rueda de la vida que gira vertiginosamente. Acuérdate de mí, Jesús, porque ser recordado por ti —lo demuestra el buen ladrón— es entrar en el Paraíso. Sobre todo, recuérdame, Jesús, que mi oración puede cambiar la historia.

Oremos diciendo: *Jesús, acuérdate de mí*

Cuando la esperanza desaparece y reina la desilusión

Jesús, acuérdate de mí

Cuando no soy capaz de tomar una decisión

Jesús, acuérdate de mí

Cuando pierdo la confianza en mí o en los demás

Jesús, acuérdate de mí

Cuando pierdo de vista la grandeza de tu amor

Jesús, acuérdate de mí

Cuando creo que mi oración resulta inútil

Jesús, acuérdate de mí.

13. Jesús es bajado de la cruz y entregado a María

Simeón [...] dijo a María, la madre: «Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón» (Lc 2,33-35).

María, después de tu "sí" el Verbo se hizo carne en tu seno; ahora yace en tu regazo su carne torturada. Aquel niño que tuviste en tus brazos ahora es un cadáver destrozado. Sin embargo, ahora, en el momento más doloroso, resplandece la ofrenda de ti misma: una espada atraviesa tu alma y tu oración sigue siendo un "sí" a Dios. María, nosotros somos pobres de "sies", pero ricos del "si": si yo hubiera tenido mejores padres, si me hubieran comprendido y amado más, si mi carrera hubiera ido mejor, si no hubiera tenido aquel problema, si tan sólo no sufriera más, si Dios me escuchara... Preguntándonos siempre el porqué de las cosas, nos cuesta vivir el presente con amor. Tú tendrías tantos "si" que decirle a Dios, en cambio, sigues diciendo "sí", se cumpla en mí. Fuerte en la fe, crees que el dolor, atravesado por el amor, da frutos de salvación; que el sufrimiento acompañado por Dios no tiene la última palabra. Y mientras sostienes en tus brazos a Jesús sin vida, resuenan en ti las últimas palabras que te dirigió: *He aquí a tu hijo*. Madre, ¡yo soy ese hijo! Recíbeme en tus brazos e inclínate sobre mis heridas. Ayúdame a decirle "sí" a Dios, "sí" al amor. Madre de misericordia, vivimos en un tiempo despiadado y necesitamos compasión: tú, tierna y fuerte, úngenos con mansedumbre; deshaz las resistencias del corazón y los nudos del alma.

Oremos diciendo: *Tómame de la mano, María*

Cuando cedo a la recriminación y al victimismo

Tómame de la mano, María

Cuando dejo de luchar y acepto convivir con mis falsedades

Tómame de la mano, María

Cuando titubeo y non tengo el valor de decirle "sí" a Dios

Tómame de la mano, María

Cuando soy indulgente conmigo mismo e inflexible con los demás.

Tómame de la mano, María

Cuando quiero que la Iglesia y el mundo cambien, pero yo no cambio

Tómame de la mano, María.

14. Jesús es depositado en el sepulcro de José de Arimatea

Al atardecer, llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también se había hecho discípulo de Jesús, y fue a ver a Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús. [...] José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo depositó en un sepulcro nuevo que se había hecho cavar en la roca (Mt 27,57-60).

José, ese es el nombre que, junto con el de María, marcan la aurora de la Navidad y marcan también la aurora de la Pascua. José de Nazaret advertido en sueños se llevó audazmente a Jesús para salvarlo de Herodes; tú, José de Arimatea, te llevas su cuerpo, sin saber que un sueño imposible y maravilloso se hará realidad allí mismo, en el sepulcro que le diste a Cristo cuando pensabas que él ya no podía hacer nada más por ti. En cambio, es verdad que todo don hecho a Dios es recompensado siempre por él. José de Arimatea, eres el profeta del valor intrépido. Para entregarle tu regalo a un muerto acudes al temido Pilato y le ruegas que te permita darle a Jesús la tumba que habías mandado a construir para ti. Tu oración es persistente y a las palabras siguen los hechos. José, recuérdanos que la oración perseverante da fruto y atraviesa incluso las tinieblas de la muerte; que el amor no se queda sin respuesta, sino que regala nuevos comienzos. Tu sepulcro, que —único en la historia— será fuente de vida, era nuevo, recién labrado en la roca. Y yo, ¿qué cosa nueva le doy a Jesús en esta Pascua? ¿Un poco de tiempo para estar con Él? ¿Un poco de amor a los demás? ¿Mis miedos y miserias enterradas, que Cristo está esperando que le ofrezca, como tú, José, hiciste con el sepulcro? Será verdaderamente Pascua si doy algo de lo mío a Aquel que dio la vida por mí; porque es dando como se recibe; y porque la vida se encuentra cuando se pierde y se posee cuando se da.

Oremos diciendo: Señor, ten piedad

De mí, negligente para convertirme

Señor, te piedad

De mí, que me gusta recibir mucho, pero dar poco

Señor, te piedad

De mí, incapaz de rendirme a tu amor

Señor, te piedad

De nosotros, rápidos para servirnos de las cosas, pero lentos para el servicio a los demás

Señor, te piedad

De nuestro mundo, plagado de los sepulcros de nuestro egoísmo

Señor, te piedad

Invocación conclusiva (el nombre de Jesús, 14 veces)

Señor, te rogamos como los necesitados, los frágiles y los enfermos del Evangelio, que te suplicaban con la palabra más sencilla y familiar: pronunciando tu nombre.

Jesús, tu nombre salva, porque tú eres nuestra salvación.

Jesús, tú eres mi vida y para no perderme en el camino te necesito a ti, que perdonas y levantas, que sanas mi corazón y das sentido a mi dolor.

Jesús, tú tomaste sobre ti mi maldad, y desde la cruz no me señalas con el dedo, sino que me abrazas; tú, manso y humilde de corazón, sáname de la amargura y del resentimiento, líbrame del prejuicio y de la desconfianza.

Jesús, te contemplo en la cruz y veo que se despliega ante mis ojos el amor, que da sentido a mi ser y es meta de mi camino. Ayúdame a amar y a perdonar, a vencer la intolerancia y la indiferencia, a no quejarme.

Jesús, en la cruz tienes sed, es sed de mi amor y de mi oración; los necesitas para llevar a cabo tus planes de bien y de paz.

Jesús, te doy gracias por los que responden a tu invitación y tienen la perseverancia de rezar, la valentía de creer y la constancia para seguir adelante a pesar de las dificultades.

Jesús, te encomiendo a los pastores de tu pueblo santo: su oración sostiene el rebaño; que encuentren tiempo para estar ante ti y que asemejen su corazón al tuyo.

Jesús, te bendigo por las contemplativas y los contemplativos, cuya oración, oculta al mundo, es agradable a ti. Protege a la Iglesia y a la humanidad.

Jesús, traigo ante ti las familias y las personas que han rezado esta noche desde sus casas; a los ancianos, especialmente a los que están solos; a los enfermos, gemas de la Iglesia que unen sus sufrimientos a los tuyos.

Jesús, que esta oración de intercesión abrace a los hermanos y hermanas de tantas partes del mundo que sufren persecución a causa de tu nombre; a los que padecen la tragedia de la guerra y a los que, sacando fuerzas de ti, cargan con pesadas cruces.

Jesús, por tu cruz has hecho de todos nosotros una sola cosa: reúne en comunión a los creyentes, infúndenos sentimientos fraternos y pacientes, ayúdanos a cooperar y a caminar juntos; mantén a la Iglesia y al mundo en la paz.

Jesús, juez santo que me llamarás por mi nombre, líbrame de juicios temerarios, chismes y palabras violentas y ofensivas.

Jesús, que antes de morir dijiste “todo se ha cumplido”. Yo, en mi miseria, no podré decirlo nunca. Pero confío en ti, porque eres mi esperanza, la esperanza de la Iglesia y del mundo.

Jesús, una palabra más quiero decirte y seguir repitiéndote: ¡Gracias! Gracias, Señor mío y Dios mío.

VI I. VÍSPERAS

V. Dios mío, ven en mi auxilio.

R. Señor, date prisa en socorrerme. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén. (Aleluya).

HIMNO

Las banderas reales se adelantan
y la cruz misteriosa en ellas brilla:
la cruz en que la vida sufrió muerte
y en que, sufriendo muerte, nos dio vida.

Ella sostuvo el sacrosanto cuerpo
que, al ser herido por la lanza dura,
derramó sangre y agua en abundancia
para lavar con ellas nuestras culpas.

En ella se cumplió perfectamente
lo que David profetizó en su verso,
cuando dijo a los pueblos de la tierra:
«Nuestro Dios reinará desde un madero.»

¡Árbol lleno de luz, árbol hermoso,
árbol ornado con la regia púrpura
y destinado a que su tronco digno
sintiera el roce de la carne pura!

¡Dichosa cruz que con tus brazos firmes,
en que estuvo colgado nuestro precio,
fuiste balanza para el cuerpo santo
que arrebató su presa a los infiernos!

A ti, que eres la única esperanza,
te ensalzamos, oh cruz, y te rogamos
que acrecientes la gracia de los justos
y borres los delitos de los malos.

Recibe, oh Trinidad, fuente salubre,
la alabanza de todos los espíritus,
y tú que con tu cruz nos das el triunfo,
añádenos el premio, oh Jesucristo. Amén.

SALMODIA

Ant. 1. ¡Oh gran obra de amor! Cuando en el árbol murió la Vida, con su muerte destruyó la misma muerte. Aleluya.

Salmo 109, 1-5. 7

Oráculo del Señor a mi Señor:

«Siéntate a mi derecha,
y haré de tus enemigos
estrado de tus pies.»

Desde Sión extenderá el Señor
el poder de tu cetro:
somete en la batalla a tus enemigos.

«Eres príncipe desde el día de tu nacimiento,
entre esplendores sagrados;
yo mismo te engendré, como rocío,
antes de la aurora.»

El Señor lo ha jurado y no se arrepiente:

«Tú eres sacerdote eterno
según el rito de Melquisedec.»

El Señor a tu derecha, el día de su ira,
quebrantará a los reyes.

En su camino beberá del torrente,
por eso levantará la cabeza.

Ant. ¡Oh gran obra de amor! Cuando en el árbol murió la Vida, con su muerte destruyó la misma muerte. Aleluya.

Ant. 2. Adoramos, Señor, tu cruz y recordamos tu gloriosa muerte;

compadécete de nosotros, tú que por nosotros padeciste. Aleluya.

Salmo 115

Tenía fe, aun cuando dije:
«¡Qué desgraciado soy!»
Yo decía en mi apuro:
«Los hombres son unos mentirosos.»

¿Cómo pagaré al Señor
todo el bien que me ha hecho?
Alzaré la copa de la salvación,
invocando su nombre.
Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo.

Vale mucho a los ojos del Señor
la vida de sus fieles.
Señor, yo soy tu siervo,
siervo tuyo, hijo de tu esclava:
rompiste mis cadenas.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
invocando tu nombre, Señor.
Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo,
en el atrio de la casa del Señor,
en medio de ti, Jerusalén.

Ant. Adoramos, Señor, tu cruz y recordamos tu gloriosa muerte; compadécete de nosotros, tú que por nosotros padeciste. Aleluya.

Ant. 3. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque con tu santa cruz redimiste al mundo. Aleluya.

Cántico Ap 4, 11; 5, 9-10. 12

Eres digno, Señor Dios nuestro, de recibir la gloria,
el honor y el poder,
porque tú has creado el universo;

porque por tu voluntad lo que no existía fue creado.

Eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos,
porque fuiste degollado
y por tu sangre compraste para Dios
hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación;
y has hecho de ellos para nuestro Dios
un reino de sacerdotes
y reinan sobre la tierra.

Digno es el Cordero degollado
de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría,
la fuerza y el honor, la gloria y la alabanza.

Ant. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque con tu santa cruz
redimiste al mundo. Aleluya.

LECTURA BREVE 1Co 1, 23-24

Nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los llamados a Cristo —judíos o griegos—: fuerza de Dios y sabiduría de Dios.

RESPONSORIO BREVE

V. Oh cruz gloriosa, en ti triunfó el Rey de los ángeles. Aleluya, aleluya.

R. Oh cruz gloriosa, en ti triunfó el Rey de los ángeles. Aleluya, aleluya.

V. Con su sangre lavó nuestras heridas.

R. Aleluya, aleluya.

V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

R. Oh cruz gloriosa, en ti triunfó el Rey de los ángeles. Aleluya, aleluya.

CÁNTICO EVANGÉLICO

Ant. Oh cruz victoriosa, signo admirable, ayúdanos a alcanzar el triunfo eterno. Aleluya.

Cántico de la Santísima Virgen María Lc 1, 46-55

ALEGRÍA DEL ALMA EN EL SEÑOR

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
como lo había prometido a nuestros padres
en favor de Abraham y su descendencia por siempre.

Gloría al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Oh cruz victoriosa, signo admirable, ayúdanos a alcanzar el triunfo eterno.
Aleluya.

PRECES

Oremos a nuestro Redentor, que por su cruz nos ha salvado, y digámosle
confiados:

Por tu cruz, Señor, llévanos a tu reino.

Oh Cristo, que te anonadaste a ti mismo, tomando la condición de esclavo y

pasando por uno de tantos,
haz que la Iglesia imite siempre tu humildad.

Cristo Señor, que te rebajaste hasta someterte incluso a la muerte y una muerte de cruz,
haz que te sigamos por el camino de la obediencia y de la paciencia.

Cristo Señor, que fuiste levantado por Dios y recibiste el «Nombre-sobre-todo-nombre»,
concede a todos tus fieles perseverar hasta el fin.

Cristo Jesús, ante cuyo nombre se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el abismo,
haz que todos los hombres te adoren y vivan en tu paz.

Se pueden añadir algunas intenciones libres.

Cristo Jesús, a quien toda lengua proclamará: Señor, para gloria de Dios Padre,
recibe a nuestros hermanos difuntos en el reino de la eterna felicidad.

Terminemos nuestra oración con las palabras que Cristo nos enseñó: Padre nuestro.

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

Oración

Señor, Dios nuestro, que has querido salvar a los hombres por medio de tu Hijo muerto en la cruz, te pedimos, ya que nos has dado a conocer en la tierra

la fuerza misteriosa de la cruz de Cristo, que podamos alcanzar en el cielo los frutos de la redención. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo.

V. El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén.

ORACIÓN POR LA PAZ DE COLOMBIA²

Padre, Tú eres un océano de paz y nos regalas por medio de tu Hijo Jesucristo y por la acción del Espíritu Santo este don, y lo siembras en nuestro corazón por medio de la conversión y la reconciliación.

Tú nos confías la paz a nuestra responsabilidad, convirtiéndonos en artesanos de la paz, para construirla con «pasión, paciencia, experiencia y tesón».

Tú quieres que nuestras familias sean escuelas de paz donde te escuchemos, acojamos y te sigamos mejor y, así germinen palabras y gestos de perdón, escucha, diálogo, ternura, amor y reconciliación. Que los niños y jóvenes se conviertan en protagonistas de un futuro de paz.

Acompáñanos en las responsabilidades que tenemos en nuestra vida social, política, económica, cultural y eclesial. Haz que difundamos el respeto por la vida, las personas y la creación; que seamos solidarios, fraternos, justos y trabajadores del bien común.

Acoge en tu casa a quienes murieron víctimas de la guerra fratricida, mueve el corazón de los actores violentos para que vuelvan a Ti y sean también ellos constructores comprometidos de la paz. Fortalece a las víctimas en su dignidad y otórgales valentía para ofrecer el perdón.

Que María Reina de la paz, nos ayude a desarmar el corazón, a vivir la justicia, el perdón, la reconciliación y la paz, para que nazca en Colombia la civilización del amor. Amén.

² Conferencia Episcopal de Colombia. *Artesanos del perdón, la reconciliación y la paz*. Bogotá: Pictograma creativos, 2015. p.79.

ORACIÓN DEL SANTO PADRE FRANCISCO
AL FINALIZAR EL MOMENTO DE ORACIÓN PACEM IN TERRIS

Basílica de San Pedro
Viernes, 27 de octubre de 2023

María, míranos. Estamos aquí ante ti. Tú eres Madre, conoces nuestros cansancios y nuestras heridas. Tú, Reina de la paz, sufres con nosotros y por nosotros, al ver a tantos de tus hijos abatidos por los conflictos, angustiados por las guerras que desgarran el mundo.

Es una hora de oscuridad. Esta es una hora de oscuridad, Madre. Y en esta hora de oscuridad, nos sumergimos en tus ojos luminosos y nos confiamos a tu corazón, que es sensible a nuestros problemas y que tampoco estuvo exento de inquietudes y temores. Cuánta preocupación cuando no había lugar para Jesús en el albergue, cuánto miedo cuando tuvieron que huir rápidamente a Egipto porque Herodes quería matarlo, cuánta angustia cuando se perdió en el templo. Pero, Madre, tú en las pruebas fuiste valiente, fuiste audaz, confiaste en Dios y respondiste a la preocupación con la solicitud, al miedo con el amor, a la angustia con la donación. Madre, en los momentos decisivos no retrocediste, sino que tomaste la iniciativa: fuiste sin demora a ver a Isabel, en las bodas de Caná obtuviste el primer milagro de Jesús, en el Cenáculo mantuviste a los discípulos unidos. Y cuando en el Calvario una espada traspasó tu alma, tú, Madre, mujer humilde, mujer fuerte, entretejiste de esperanza pascual la noche del dolor.

Ahora, Madre, toma una vez más la iniciativa, tómala en favor nuestro, en estos tiempos azotados por los conflictos y devastados por las armas. Vuelve tus ojos misericordiosos a la familia humana que ha extraviado el camino de la paz, que ha preferido Caín a Abel y que, perdiendo el sentido de la fraternidad, no recupera el calor del hogar. Intercede por nuestro mundo en peligro y en confusión. Enséñanos a acoger y a cuidar la vida —¡toda vida humana!— y a repudiar la locura de la guerra, que siembra muerte y elimina el futuro.

María, muchas veces tú has venido a nuestro encuentro, pidiéndonos oración y penitencia. Nosotros, sin embargo, ocupados en nuestros asuntos y distraídos por tantos intereses mundanos, hemos permanecido sordos a tus llamadas. Pero tú, que nos amas, no te cansas de nosotros. Madre, tómanos de la mano. Tómanos de la mano y guíanos a la conversión, haz que volvamos a poner a Dios en el centro. Ayúdanos a mantener la unidad en la Iglesia y a ser artífices de comunión en el mundo. Recuérdanos la importancia de nuestro papel, haz

que nos sintamos responsables por la paz, llamados a rezar y a adorar, a interceder y a reparar por todo el género humano.

Madre, solos no podemos lograrlo, sin tu Hijo no podemos hacer nada. Pero tú nos llevas a Jesús, que es nuestra paz. Por eso, Madre de Dios y Madre nuestra, nosotros recurrimos a ti, buscamos refugio en tu Corazón inmaculado. Imploramos misericordia, Madre de misericordia; suplicamos paz, Reina de la paz. Mueve los corazones de quienes están atrapados por el odio, convierte a quienes alimentan y fomentan conflictos. Enjuga las lágrimas de los niños —en esta hora lloran mucho—, asiste a los que están solos y son ancianos, sostiene a los heridos y a los enfermos, protege a quienes tuvieron que dejar su tierra y sus seres queridos, consuela a los desanimados, reaviva la esperanza.

Te entregamos y consagramos nuestras vidas, cada fibra de nuestro ser, lo que tenemos y lo que somos, para siempre. Te consagramos la Iglesia para que, testimoniando al mundo el amor de Jesús, sea signo de concordia, sea instrumento de paz. Te consagramos nuestro mundo, especialmente te consagramos los países y las regiones en guerra.

El pueblo fiel te llama aurora de la salvación. Madre, abre resquicios de luz en la noche de los conflictos. Tú, morada del Espíritu Santo, inspira caminos de paz a los responsables de las naciones. Tú, Señora de todos los pueblos, reconcilia a tus hijos, seducidos por el mal, cegados por el poder y el odio. Tú, que estás cerca de cada uno, acorta nuestras brechas de separación. Tú, que tienes compasión de todos, enséñanos a hacernos cargo de los demás. Tú, que revelas la ternura del Señor, haznos testigos de su consolación. Madre, tú, Reina de la paz, derrama en los corazones la armonía de Dios. Amén.

Oración Al Corazón De Jesús Del Papa Juan Pablo II

*Señor Jesucristo,
Redentor del género humano,
nos dirigimos a tu Sacratísimo Corazón con humildad y confianza,
con reverencia y esperanza,
con profundo deseo de darte gloria, honor y alabanza.*

*Señor Jesucristo,
Salvador del mundo,
te damos las gracias por todo lo que Tú eres
y todo lo que Tú haces por tu Iglesia
y por la porción del Pueblo de Dios que peregrina en Colombia.*

*Señor Jesucristo,
Hijo de Dios Vivo,
te alabamos por el amor que has revelado a través de tu Sagrado Corazón,
que fue traspasado por nosotros y ha llegado a ser fuente de nuestra alegría,
manantial de nuestra vida eterna.*

*Reunidos juntos en tu Nombre,
que está por encima de cualquier otro nombre,
nos consagramos nosotros y consagramos a Colombia a tu Sacratísimo
Corazón, en el cual habita la plenitud de la verdad y la caridad.*

*Al consagrarnos a Ti renovamos
nuestro ferviente deseo de corresponder con amor
a la rica efusión de tu misericordioso y pleno amor.*

*Señor Jesucristo,
Rey de amor y Príncipe de la paz,
reina en nuestros corazones,
en nuestros hogares y en Colombia.*

*Vence todos los poderes del maligno
y llévanos a participar en la victoria de tu Sagrado Corazón.*

*¡Que todos proclamemos y demos gloria a Ti, al Padre y al Espíritu Santo,
único Dios que vive y reina por los siglos de los siglos.*

ORACIÓN DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II
A LA VIRGEN DEL ROSARIO DE CHIQUINQUIRÁ
3 de julio de 1986

¡Dios te salve María!

Te saludamos con el Ángel: Llena de gracia.
El Señor está contigo.

Te saludamos con Isabel: ¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¡Feliz porque has creído a las promesas divinas!

Te saludamos con las palabras del Evangelio: Feliz porque has escuchado la Palabra de Dios y la has cumplido.

Tú eres la ¡llena de gracia!

Te alabamos, Hija predilecta del Padre.
Te bendecimos, Madre del Verbo divino.
Te veneramos, Sagrario del Espíritu Santo.
Te invocamos, Madre y Modelo de toda la Iglesia.
Te contemplamos, imagen realizada de las esperanzas de toda la humanidad.

¡El Señor está contigo!

Tú eres la Virgen de la Anunciación, el Sí de la humanidad entera al misterio de la salvación.

Tú eres la Hija de Sión y el Arca de la nueva Alianza en el misterio de la visitación.

Tú eres la Madre de Jesús, nacido en Belén, la que lo mostraste a los sencillos pastores y a los sabios de Oriente.

Tú eres la Madre que ofrece a su Hijo en el templo, lo acompaña hasta Egipto, lo conduce a Nazaret.

Virgen de los caminos de Jesús, de la vida oculta y del milagro de Caná.

Madre Dolorosa del Calvario y Virgen gozosa de la Resurrección.

ú eres la Madre de los discípulos de Jesús en la espera y en el gozo de Pentecostés.

Bendita porque creíste en la Palabra del Señor,
porque esperaste en sus promesas,
porque fuiste perfecta en el amor.

Bendita por tu caridad premurosa con Isabel,
por tu bondad materna en Belén,
por tu fortaleza en la persecución,
por tu perseverancia en la búsqueda de Jesús en el templo,
por tu vida sencilla en Nazaret,
por tu intercesión en Caná,
por tu presencia maternal junto a la cruz,
por tu fidelidad en la espera de la resurrección,
por tu oración asidua en Pentecostés.

Bendita eres por la gloria de tu Asunción a los cielos
por tu materna protección sobre la Iglesia
por tu constante intercesión por toda la humanidad.

¡Santa María, Madre de Dios!

Queremos consagrarnos a Ti.
Porque eres Madre de Dios y Madre nuestra.
Porque tu Hijo Jesús nos confió a todos a Ti.
Porque has querido ser Madre de esta Iglesia de Colombia y has puesto aquí
en Chiquinquirá tu santuario.
Nos consagramos a Ti todos los que hemos venido a visitarte en esta
celebración solemne de los cuatrocientos años de la renovación de tu imagen.
Te consagro toda la Iglesia de Colombia, con sus Pastores y sus fieles:
Los obispos, que a imitación del Buen Pastor velan por el pueblo que les ha
sido encomendado.
Los sacerdotes, que han sido ungidos por el Espíritu.
Los religiosos y religiosas, que ofrendan su vida por el reino de Cristo.
Los seminaristas, que han acogido la llamada del Señor.
Los esposos cristianos en la unidad e indisolubilidad de su amor con sus
familias.
Los seculares comprometidos en el apostolado.
Los jóvenes que anhelan una sociedad nueva.
Los niños que merecen un mundo más pacífico y humano.
Los enfermos, los pobres, los encarcelados, los perseguidos, los huérfanos, los
desesperados, los moribundos.

Te consagro toda esta nación de Colombia de la que eres, Virgen de Chiquinquirá, Patrona y Reina.
Que resplandezcan en sus instituciones los valores del Evangelio.

¡Ruega por nosotros pecadores!

Madre de la Iglesia, bajo tu patrocinio nos acogemos y a tu inspiración nos encomendamos.

Te pedimos por la Iglesia de Colombia, para que sea fiel en la pureza de la fe, en la firmeza de la esperanza, en el fuego de la caridad, en la disponibilidad apostólica y misionera, en el compromiso por promover la justicia y la paz entre los hijos de esta tierra bendita.

Te suplicamos que toda la Iglesia de Latinoamérica se mantenga siempre en perfecta comunión de fe y de amor, unida a la Sede de Pedro con estrechos vínculos de obediencia y de caridad.

Te encomendamos la fecundidad de la nueva evangelización, la fidelidad en el amor de preferencia por los pobres y la formación cristiana de los jóvenes, el aumento de las vocaciones sacerdotales y religiosas, la generosidad de los que se consagran a la misión, la unidad y la santidad de todas las familias.

“Ahora y en la hora de nuestra muerte”.

¡Virgen del Rosario, Reina de Colombia, ¡Madre nuestra! Ruega por nosotros ahora.

Concédenos el don inestimable de la paz, la superación de todos los odios y rencores, la reconciliación de todos los hermanos.

Que cese la violencia y la guerrilla.

Que progrese y se consolide el diálogo y se inaugure una convivencia pacífica.

Que se abran nuevos caminos de justicia y de prosperidad.

Te lo pedimos a Ti a quien invocamos como Reina de la Paz.

¡Ahora y en la hora de nuestra muerte!

Te encomendamos a todas las víctimas de la injusticia y de la violencia, a todos los que han muerto en las catástrofes naturales, a todos los que en la hora de la muerte acuden a Ti como Madre y Patrona.

Sé para todos nosotros, Puerta del Cielo, vida, dulzura y esperanza, para que juntos podamos contigo glorificar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

¡Amén!